

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

HAWAI HOTEL

Joseph Berna



El agente Bronson, un tipo de elevada estatura, atlético, cabello oscuro, ojos castaños, bien parecido, de veintinueve años de edad, número uno de su promoción, entró en el bar que el Departamento tenía para el uso exclusivo de sus funcionarios.

Caminó hacia la barra.

Ante ella, sentados en los taburetes giratorios, varios agentes conversaban animadamente entre sí.

Uno de ellos, pelirrojo, con las mejillas llenas de pecas, giró casualmente la cabeza.

—¡Eh, muchachos, mirad quién llega! —exclamó.



Joseph Berna

Hawai Hotel

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1346

ePub r1.0

Lds 26.08.18

Título original: *Hawai Hotel*

Joseph Berna, 1976

Cubierta: Jorge Sampere

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Washington.

Departamento Central del FBI.

Diez de la mañana.

El agente Bronson, un tipo de elevada estatura, atlético, cabello oscuro, ojos castaños, bien parecido, de veintinueve años de edad, número uno de su promoción, entró en el bar que el Departamento tenía para el uso exclusivo de sus funcionarios.

Caminó hacia la barra.

Ante ella, sentados en los taburetes giratorios, varios agentes conversaban animadamente entre sí.

Uno de ellos, pelirrojo, con las mejillas llenas de pecas, giró casualmente la cabeza.

—¡Eh, muchachos, mirad quién llega! —exclamó.

Todas las cabezas se volvieron en el acto.

—¡Hombre, si es Harry Bronson! —exclamó un rubio de facciones agradables.

Bronson esbozó una sonrisa.

—¿Qué tal, chicos? —dijo, ocupando uno de los taburetes.

—¿Quién dijo que Harry no aparecería esta mañana por el Departamento? —se dejó oír un tercer compañero de Bronson.

—Yo —respondió un tipo que tenía la frente muy ancha—. Como anoche lo vi salir del Florida Club con una rubia de formas explosivas, pensé que no le veríamos el pelo hasta la tarde...

—Un café, Rocky —pidió Bronson.

—Enseguida, Harry —sonrió el tipo que atendía el bar, un individuo alto y robusto, que había sido boxeador, lo cual se adivinaba con sólo darle un vistazo a sus cejas, llenas de cicatrices, o a su nariz, aplastada y deforme.

—Bien cargado, Rocky —dijo el pelirrojo de las pecas, con ironía.

—Sírvele también media docena de tostadas —indicó el rubio de facciones agradables.

—Con montañas de mantequilla —añadió el tipo de la frente ancha.

Todos volvieron a reír.

—No hagas caso a estos guasones, Rocky —dijo Harry Bronson—. Sírreme sólo el café.

—¿Quién era esa despampanante rubia que te acompañaba anoche, Harry? —inquirió el pelirrojo.

—Mi prima Eleonor —respondió Bronson, atrapando la taza de humeante café que acababa de poner delante de él Rocky.

—Nunca nos habías dicho que tuvieses una prima... —observó el agente rubio.

—Es cierto, nunca la había mencionado —asintió Bronson—. Vive en Nueva York.

—¿Y qué hace en Washington? —preguntó otro agente del grupo.

—Ha venido a pasar unos días.

El tipo de la frente ancha intervino socarronamente:

—Me pareció ver que, una vez en el interior del coche, la abrazabas y la besabas con ardor. ¿Tanta confianza tienes con ella...?

—Oh, sí, muchísima —cabeceó Bronson—. Ten en cuenta que somos primos de toda la vida...

La jocosa respuesta de Harry Bronson hizo reír a sus compañeros. También el ex boxeador rió con ganas.

—El inspector Coleman preguntó por ti, Harry —comunicó el pelirrojo.

—¿Por mí...? —Pareció extrañarse Bronson.

—Sí, hace tan sólo unos minutos.

—Quiere que acudas a su despacho —agregó el agente rubio.

—Apuesto a que se trata de una nueva misión —aventuró el de la frente ancha.

—Si sólo hace dos días que regresé de la última... —señaló Bronson.

—Ser un magnífico agente también tiene sus desventajas,

muchacho —repuso el de las mejillas salpicadas de pecas—. Una de ellas, es que se trabaja más.

—En fin —suspiró Bronson—. Tendré que ir a ver...

Apuró su café, dejó una moneda sobre la barra y bajó del taburete.

—Suerte, Harry —dijo uno de sus compañeros.

—Gracias, muchachos.

Harry Bronson salió del bar.

Poco después entraba en la oficina que había que cruzar forzosamente para acceder al despacho del inspector Coleman.

A cargo de la misma estaba Debbie Russell, la secretaria del inspector, una morenita de pelo muy corto y rostro aniñado.

Era lo único que tenía de niña: el rostro.

Todo lo demás lo tenía de mujer.

Y de mujer muy mujer...

Debbie Russell, en aquel preciso momento, estaba de pie sobre una silla, tratando de alcanzar uno de los archivadores que permanecían, correctamente alineados, en un estante bastante alto.

A pesar de que se había empinado sobre las puntas de los pies, apenas llegaba a rozar con las yemas de sus dedos el archivador que pretendía alcanzar.

Al estirar tanto el cuerpo, la falda, ya de por sí cortita ella, se le subió, por lo que Harry Bronson tuvo ocasión de echar una ojeada a las sensacionales piernas de la morenita.

Tras lanzar un silbido admirativo, Bronson piropeó:

—Eso son un par de remos, y no lo que me dieron a mí cuando compré un bote para ir de pesca.

La secretaria volvió la cabeza, sonriendo.

—Hola, Harry. No te oí entrar...

—Soy un tipo muy silencioso.

—Estoy tratando de alcanzar este condenado archivador, pero no llego.

—Sí, ya lo veo.

—¿Te importaría alcanzármelo?

—Lo haré si me prometes cenar conmigo esta noche.

—Harry, sabes que tengo novio...

—¿Y va en serio la cosa?

—Muy en serio. Pensamos casamos antes de un año.

Harry Bronson dejó escapar un suspiro.

—Envidio al tipo, Debbie... De veras que le envidio.

La secretaria amplió su sonrisa.

—Eres muy galante, Harry. Bien, ¿me alcanzas el archivador o no?

—Te ayudaré a alcanzarlo —respondió Bronson, aproximándose a la silla sobre la cual se había subido la secretaria.

—¿De qué modo, Harry?

—Así —dijo Bronson, atrapándola por encima de las rodillas y aupándola sin ningún esfuerzo.

—¡Harry! —exclamó ella, cogiéndose al estante para no perder el equilibrio.

—No temas, Debbie, no te caerás. ¿Qué, alcanzas ya el archivador?

—Sí.

—Cógelo.

Ella lo cogió.

—¿Lo tienes ya, Debbie? —preguntó Bronson.

—Sí.

—Bien, ahora déjalo donde estaba.

—¿Que lo deje...?

—Sí, mujer. Y dentro de un ratito, lo vuelves a coger.

—¡Harry!

—¿Sí, Debbie?

—¡Tú lo que quieres es aprovecharte!

—No seas malpensada, mujer. Lo que pasa es que me gusta el ejercicio, y sostenerte a ti es un buen ejercicio.

—¡Bájame inmediatamente o llamo al jefe!

—Eh, Debbie, que no es para ponerse así...

En aquel momento se abrió la puerta del despacho del inspector Coleman y éste se dejó ver.

Will Coleman era un hombre fuerte, de rostro enérgico, que frisaba en los cuarenta y ocho años de edad.

—¿Qué diablos ocurre aquí? —inquirió, con el entrecejo fruncido.

Harry Bronson respingó al oír la voz de su superior.

Ladeó la cabeza y le miró, sonriendo nerviosamente.

—Buenos días, inspector. Los muchachos me han dicho que

preguntó usted por mí.

—¿Por qué tienes aupada a Debbie?

—Quería alcanzar un archivador, pero no llegaba Me pidió ayuda y se la presté inmediatamente.

—¿Es cierto eso, Debbie?

—Sí, inspector —respondió la secretaria, que se había ruborizado visiblemente al ver aparecer a Will Coleman.

Éste rezongó algo por lo bajo.

—Bien, Harry. Debbie ya tiene el archivador en las manos.

¿Cuándo piensas bajarla?

Bronson soltó un carraspeo y dejó a la secretaria sobre la silla.

Ella se apresuró a estirarse la faldita.

—Entra en mi despacho, Harry —gruñó Coleman.

—Si, inspector.

Cuando Bronson estuvo dentro, Will Coleman cerró la puerta y se dirigió al sillón que había al otro lado de su amplia mesa, sentándose en él.

—Siéntate, Harry —indicó.

—Gracias, inspector.

—Tengo una misión para ti.

—¿Otra?...

Will Coleman no respondió.

Abrió su tabaquera, atrapó su pipa y procedió a cargarla parsimoniosamente, sin mirar en ningún momento al agente Bronson.

Éste carraspeó ligeramente y recordó:

—Inspector Coleman, usted me prometió seis o siete días de descanso...

—¿De veras?

—Sí, señor.

—¿Y cuántos han transcurrido?

—Tan sólo dos.

—Lo siento, pero me veo obligado a quebrantar mi promesa.

—¿Tan urgente es esa misión?

—Muy urgente, Harry —respondió Coleman, encendiendo la pipa con habilidad.

—¿No podría llevarla a cabo otro agente, inspector?

—No, tienes que ser tú.

—¿Por qué precisamente yo?

—Porque eres la persona más idónea para esa misión.

Bronson, dándose cuenta de que no lograría que Will Coleman cambiase de idea, dio un suspiro de resignación.

—Está bien, inspector —asintió, echando mano de su cajetilla de cigarrillos—. Hábleme de ella.

El inspector Coleman esperó a que Harry Bronson encendiera el pitillo que se había llevado a los labios y luego pasó a explicar:

—Tengo un buen amigo llamado Adam Ward. Es una excelente persona. También Betty, su esposa, lo es. Llevan ocho años casados y tienen dos pequeños. Son lo que se dice un matrimonio realmente feliz. Adam y Betty rasaron su luna de miel en Hawái. Hace un par de semanas, decidieron dejar a los niños en casa de una hermana de Betty y hacer un viaje a Hawái. Se alojaron en el mismo hotel donde lo hicieran ocho años antes: el Hawái Hotel. Regresaron ayer. Adam vino a verme inmediatamente, muy preocupado. En el Hawái Hotel fue víctima de un hábil chantaje...

—¿Cómo sucedió?

—Una mujer, joven, rubia, muy hermosa, consiguió engatusarle y llevarle a la habitación que ella ocupaba en el hotel, mientras Betty permanecía en la peluquería... A la mañana siguiente, un tipo de recia constitución, aprovechando un momento en que Adam se encontraba solo en el bar del hotel, se le acercó, sacó discretamente un sobre y le mostró unas fotografías. En todas ellas aparecían Adam y la hermosa rubia. Habían sido tomadas en el dormitorio de ella, por una cámara oculta. El tipo corpulento le exigió cinco mil dólares por destruir aquellas fotos comprometedoras y sus correspondientes negativos. Si se negaba a entregárselos, las fotografías irían a parar a manos de Betty.

—Y Adam Ward prefirió pagar...

—Así es.

—Cinco mil dólares es una cantidad importante...

—Para Adam, su matrimonio es mucho más importante. Por eso sigue estando preocupado. El vio cómo el tipo destruía las fotos y los negativos, pero teme que haya copias de esas fotos y que los chantajistas las utilicen para exigirle una nueva suma.

—¿Adam Ward es un hombre rico? —inquirió Bronson.

—Sí, bastante.

—Entonces, es probable que intenten sacarle más dinero.

—De ti va a depender que no puedan chantajearle nuevamente. Ni a él, ni a nadie.

—Entiendo, inspector. Mi misión consiste en volar a Hawái, descubrir a la hermosa rubia que engatusa a la víctima y al fornido individuo que se encarga después de cobrarle, capturarlos a ambos y entregarlos a la policía local.

—Exacto.

—Necesitaré una amplia descripción de la bella y del fortachón.

—La tendrás, no te preocupes.

—Aun así, no será fácil dar con ellos.

—Apostaría a que será la propia rubia quien de contigo.

Harry Bronson pestañeó.

—¿Que será ella quien...?

—Tú te alojarás en el Hawai Hotel, como Adam y su esposa. Y si la suerte nos acompaña, la hermosa rubia aparecerá de pronto y se acercará a ti, dispuesta a engatusarte y llevarte a su habitación, para tomarte unas cuantas fotos con ella y poder chantajearte después.

—¿Chantajearme a mí?... ¿Olvida usted que soy soltero, inspector?

Will Coleman consultó su reloj y, sonriendo astutamente, anunció:

—Antes de dos horas habrás dejado de serlo.

—¿Cómo dice?...

—Que te casas esta mañana, Harry.

CAPÍTULO II

El agente Bronson brincó materialmente de su asiento y miró a su superior, lleno de estupefacción.

—¡Inspector...!

Will Coleman, que sentía unos enormes deseos de echarse a reír, añadió:

—Necesitas estar casado para poder llevar a cabo esta misión, Harry.

—Inspector Coleman, tengo un gran sentido del deber y estoy dispuesto a realizar cualquier sacrificio con tal de cumplir las órdenes que el Departamento me dé, pero casarme..., ¡ni hablar!

—Harry...

—¡Que no, inspector, que no me caso! Y le ruego que no insista, porque sería inútil.

Will Coleman, riendo ya sin disimulo, aclaró:

—La licencia de matrimonio que firmará el juez no será válida; así que no tienes por qué alarmarte.

Harry Bronson subió las cejas.

—¿Quiere usted decir que la boda será falsa?...

—Naturalmente. El Departamento no puede obligar a ninguno de sus funcionarios a perder su soltería.

Bronson se echó a reír también.

—Por todos los diablos, inspector... ¡Me ha dado usted el susto del año! —exclamó, sentándose nuevamente.

—Sí, ya me he dado cuenta, por la cara que has puesto.

—Hombre, es que eso de casarse a los veintinueve años...

—Yo rae casé a los veintiséis.

—Pues yo no pienso hacerlo hasta los cincuenta por lo menos. La vida es bella, inspector. Hay que vivirla intensamente.

—El matrimonio es algo muy grande, Harry.

—El matrimonio es una tontería. Al menos, en mi opinión. Bueno, y hablando de matrimonio, ¿con quién voy a casarme de mentirijillas?

—Con una joven realmente encantadora.

—Hombre, eso está bien —exclamó Bronson, regocijándose interiormente—. Un tipo tan apuesto como yo no podría presentarse en el Hawai Hotel con una esposa feúcha y desgarrada. Porque supongo que me la llevaré a Hawai, ¿no?

—Sí, claro.

—Estupendo. ¿Sabe una cosa, inspector? Empieza a gustarme esta misión, sí, señor.

—Me alegro de que sea así, Harry.

Bronson hizo un gesto pícaro.

—¿Es rubia o morena?

—Pelirroja —respondió Coleman.

—¡Oh, qué bien! Con lo que a mí me gustan las pelirrojas...

—¿De veras?

—¿Cuántos años tiene, inspector?

—Cuarenta y ocho.

—Usted no, inspector; la pelirroja.

Will Coleman emitió una tosecita y respondió:

—Veinticinco.

—Una edad magnífica. ¿La eligió usted, inspector?

—No, se ofreció ella.

—¿Que se ofreció ella?...

—Sí.

—¡Oh, ya entiendo! Usted le mostró una fotografía mía y ella se convirtió en gelatina. Diablos, ya las conquisto hasta en fotografía...

—sonrió Bronson, centrándose el nudo de la corbata.

—No seas presuntuoso, Harry. La chica se ofreció porque creyó que era la persona más idónea para acompañarte a Hawai.

—Qué chica tan modesta —repuso irónicamente Bronson.

—También yo creo que es la persona más indicada. Por eso acepté su ofrecimiento.

—¿Cómo se llama, inspector?

Will Coleman iba a responder, cuando por el interfono que tenía sobre la mesa, a la izquierda, surgió la voz de su secretaria:

—¿Inspector Coleman?

Éste pulsó uno de los botoncitos del aparato electrónico.

—¿Sí, Debbie?

—La señorita que esperaba usted acaba de llegar.

—Que pase, Debbie.

—Muy bien, inspector.

Will Coleman miró al agente Bronson y sonrió.

—¿Tienes ganas de conocer a tu *esposa*, Harry?

—Muchísimas.

—Pues atención, que se dispone a entrar.

Bronson giró la cabeza.

La puerta del despacho se abrió, dando paso a una joven pelirroja, de rostro sumamente atractivo y formas proporcionadas, que lucía un bonito vestido y llevaba un bolso en la mano.

—Buenos días, inspector Coleman —saludó, con voz firme, mientras sus ojos, grandes, verdes y relucientes se clavaban como dardos en la persona de Harry Bronson.

Éste, que se había quedado paralizado, saltó de su asiento como impulsado por un resorte.

—¡Cynthia Lewis!... —exclamó, totalmente estupefacto.

El inspector Coleman tuvo que cubrirse la boca con una mano para disimular su risa.

—¿Le sorprende verme, agente Bronson? —dijo la joven, elevando ligeramente la barbilla.

Harry Bronson, que tenía la boca abierta, la cerró de golpe y se volvió hacia su superior.

—¿Qué diablos significa esto, inspector?

Will Coleman carraspeó.

—¿El qué?

—¡Esta mujer es policía! —gritó Bronson, señalándola con el índice.

—Naturalmente —repuso Coleman—. El FBI no podía recurrir a una particular para que colaborara en la misión. Bueno, poder sí podía, pero no debía. Era mejor solicitar una agente al Departamento de Policía.

—¿Mejor dice usted...?

—Bajo cualquier punto de vista, Harry. La agente Lewis puede serte muy útil en Hawai, si las cosas allí se te ponen feas. Te lo

demostraré —dijo Coleman, desviando los ojos hacia la joven—. Agente Lewis, ¿tiene usted conocimiento de judo?

—Sí, inspector —respondió Cynthia Lewis—. Soy cinturón negro.

—¿Practica el karate?

—Sí, inspector. Puedo partir ladrillos con el filo de la mano y derribar parte de un tabique con un golpe de talón, por citar sólo lo más corriente.

—¿Tiene usted buena puntería con el revólver?

—Hago diana a veinticinco metros.

Will Coleman volvió a mirar a Harry Bronson.

—¿Te das cuenta, Harry? La agente Lewis será una gran ayuda para ti.

—¡No pienso ir a Hawai con la agente Lewis, inspector! —gritó Bronson.

El inspector Coleman se puso serio.

—¿Te niegas a realizar la misión, Harry?

—No, no me niego. Pero exijo que la agente Lewis sea sustituida por otra.

—La agente Lewis es la persona idónea, ya te lo dije antes.

—¡Yo opino todo lo contrario!

—Lo siento, Harry, pero está decidido: la agente Lewis será tu falsa esposa y te acompañará a Hawai.

—¿Es su última palabra, inspector?

—Sí, Harry.

Bronson se metió la mano en el bolsillo, extrajo su placa de agente del FBI y la dejó sobre la mesa, delante de su superior.

Éste frunció el ceño inmediatamente.

—¿Qué significa esto, Harry?

—Presento mi dimisión, inspector.

—¿Eh?...

—Sé que no puedo negarme a realizar una misión, pero sí puedo presentar mi dimisión. Y eso es lo que estoy haciendo, con todo el dolor de mi corazón.

—No te creo capaz de una cosa así, Harry.

—Pues lo soy.

—Tú has nacido para ser agente del FBI, lo llevas en la sangre...

—Es cierto. Pero las circunstancias me obligan a renunciar a mi

placa, a la que quiero tanto como a mi madre.

Sobrevino un silencio.

—¿A qué te dedicarás si acepto tu dimisión, Harry? —preguntó Coleman.

—Todavía no lo sé, inspector. Tal vez me haga fontanero. No se me da mal eso de arreglar grifos.

Se produjo un nuevo silencio.

Bronson miró a Cynthia Lewis.

Los ojos de la joven despedían un brillo irónico y sus labios, de perfecto trazo, esbozaban una sonrisa burlona.

Will Coleman abrió uno de los cajones de su mesa, tomó una hoja impresa y se la alargó al agente Bronson.

—Ahí tienes, Harry.

—¿Qué es esto? —preguntó Bronson, tomándola.

—Un impreso de dimisión. Fírmalo y ya lo rellenaré después.

—¿Que lo firme?

—¿No es eso lo que quieres?

—¡No, maldita sea! —Gruñó Bronson, arrojando el impreso sobre la mesa—. ¡Lo que yo quiero es viajar a Hawai con cualquier otra mujer que no sea la agente Lewis!

Will Coleman sonrió para sus adentros.

Estaba seguro de que el agente Bronson no firmaría su dimisión.

—¿Qué es lo que tienes contra la agente Lewis? —preguntó.

Bronson apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia su superior.

—¿Recuerda usted aquella mañana que aparecí por el Departamento con la cara llena de tiritas y un ojo negro?

—Sí...

—¿Qué le respondí cuando me preguntó usted la causa de aquel descalabro facial?

—Que la noche anterior, mientras te preparabas unos filetes, te había estallado la cocina de gas...

—¡Pues no le dije la verdad!

—¿No?...

Bronson alargó el brazo y apuntó a la atractiva pelirroja.

—¡La agente Lewis fue quien me dejó la cara hecha una pena!

—¿Eh?...

—¡Como lo oye usted, inspector! ¡Me golpeó con el tacón de uno

de sus zapatos, me arañó, me mordió un pómulo, me atizó un puñetazo en un ojo y casi me arrancó la ceja zurda de un feroz pellizco!

Will Coleman miró a la joven, con gesto de sorpresa.

—¿Es cierto eso, agente Lewis?...

—Sí, inspector —admitió ella.

—¿Por qué hizo usted una cosa así?...

—Prefiero que se lo diga el agente Bronson. Si es que se atreve.

El inspector Coleman miró a Harry Bronson.

Éste se puso a toser.

—¿Y bien, Harry? —inquirió Coleman.

—La cosa no tuvo mayor importancia, inspector... —respondió Bronson.

—Es evidente que para la agente Lewis sí la tuvo.

—Porque es una chica muy poco comprensiva.

—¿Poco comprensiva yo, sinvergüenza? —replicó Cynthia Lewis, con la mirada relampagueante.

—¡Agente Lewis!... —exclamó inmediatamente Coleman, recriminándola con el gesto.

—Lo siento, inspector, pero si le llamo sinvergüenza es porque lo es. Todavía no me explico cómo, después de que el agente Bronson intentara lo que intentó, me limité a darle unos golpecitos de nada en el rostro.

—¡Unos golpecitos de nada, dice!... —exclamó Bronson, sacudiendo una mano.

—Debí hacer uso de mis conocimientos de karate y partirle el esqueleto.

Bronson respingó nerviosamente al oír aquello.

—¿Comprende ahora por qué la agente Lewis se ha ofrecido para colaborar en la misión, inspector? ¡Quiere acabar conmigo en Hawai!

—Para acabar contigo no necesito ir tan lejos —repuso ella.

—Basta de discusiones —intervino Will Coleman, con gesto severo—. Los problemas particulares deben quedar totalmente al margen de la misión. ¿Está claro?

Harry Bronson y la agente Lewis guardaron silencio.

El inspector Coleman gruñó:

—Aceptas llevar a cabo la misión con la colaboración de la

agente Lewis, ¿verdad, Harry?

—Qué remedio... —suspiró Bronson.

CAPÍTULO III

Hawai Hotel.

Habitación 828.

Siete de la tarde.

Burke Steel, un tipo de unos cuarenta y dos años, moreno, apuesto, de fuerte complexión, se encontraba sentado en una cómoda butaca.

Su atuendo era muy veraniego: camisa de manga corta, a motas de colores, pantalones blancos y mocasines.

Tenía, sobre las rodillas, un periódico, doblado por la página de los pasatiempos, y en la mano diestra, un bolígrafo, con el cual iba rellenando las casillas de un crucigrama gigante.

Era una de las grandes aficiones de Burke Steel: resolver crucigramas.

Mientras se atusaba el bien cuidado bigote con la mano izquierda, leyó:

—Insecto himenóptero, de cabeza gruesa y color generalmente negro, que vive en sociedad, bajo tierra...

—La mosca —dijo Sheila Gordon, la última conquista de Burke Steel, surgiendo de la estancia contigua, que era el dormitorio.

Burke cabeceó en sentido negativo.

—La mosca es un insecto díptero que no vive en sociedad ni bajo tierra —repuso, sin mirar a Sheila.

Debió mirarla, porque valía la pena.

Sheila Gordon, veintitrés años, cabello largo, negro como el azabache, era una auténtica belleza.

Acababa de salir de la ducha y se cubría con una toalla e iba descalza.

En honor a la verdad, hay que decir que la toalla le cubría muy

poco, apenas lo justo, tanto por arriba como por abajo.

Así lo había querido Sheila, que era una chica muy cuca y con muy poca vergüenza.

—El escarabajo —dijo ella, que ya estaba junto a la butaca que ocupaba Burke Steel.

—Tampoco —rechazó éste—. El escarabajo es un insecto coleóptero...

—Hijo, qué nombres tan raros.

—¡Ya lo tengo, Sheila! —exclamó de pronto Burke de forma jubilosa—. ¡Es la hormiga!

—¿Siete casillas? —preguntó ella.

—¡Sí!

—Entonces es la hormiga —asintió Sheila, sin mucho entusiasmo.

Burke Steel se apresuró a rellenar las siete casillas con la palabra «hormiga». Después, leyó:

—Mamífero proboscideo fósil de gran tamaño, parecido al elefante, con dos grandes colmillos encorvados hacia el pecho...

—Eso sí que es fácil, Burke: el mamut.

Burke movió la cabeza.

—No, Sheila. El mamut tiene los colmillos encorvados hacia la cabeza. Además, han puesto nueve casillas...

Ella se hizo con el periódico de un zarpazo y lo arrojó lejos.

—¡Sheila! —exclamó Burke, perplejo—. ¿Por qué diablos...?

La apetecible morena se sentó rápidamente sobre las rodillas de él y le pasó los brazos por el cuello.

—¿Te parece justo que le prestes más atención a un crucigrama que a mí? —le recriminó, con gesto de enfado.

—Sheila, no seas así... Hay tiempo para todo...

—Ultimamente, más para los crucigramas que para otras cosas.

—Eso no es cierto, pequeña...

—¿Por qué me llamas pequeña, si mido 1,72 de estatura? Y mis otras medidas, ya las conoces: 93 – 58 – 93.

Burke Steel carraspeó:

—Sí, es cierto, Sheila, tú de pequeña no tienes nada —respondió, bajando la mirada y posándola en el poderoso busto de la morena, que amenazaba con desbordarse por encima de la toalla si a ella le daba por realizar una inspiración profunda.

Sheila sonrió atrevidamente.

—La naturaleza ha sido muy generosa conmigo.

—Y tan generosa... —convino Burke, observándole ahora las piernas, que eran formidables de verdad.

Ella le aproximó el rostro y susurró:

—Pínchame con el bigote, Burke...

—¿Cómo dices?

—Que me beses, hombre.

Burke Steel la atenazó entre sus brazos.

La atrevida morena, viendo que no se decidía a besarla, sonrió maliciosamente y repuso:

—¿A qué estás esperando, Burke?...

—¿De verdad que no te molestarás sí...? —preguntó él, un tanto extrañado.

—¿Molestarme?... Por supuesto que no, Burke...

—¡Eres un tesoro, Sheila! —exclamó Burke Steel, haciendo ademán de levantarse.

Sin embargo, ella no se lo permitió; siguió sentada sobre él.

Burke la miró, desconcertado.

—¿Por qué no dejas que me levante, Sheila?... Si no cojo el periódico, no puedo...

—¿El periódico?... —Respingó la morena—. ¿Para qué demonios quieres ahora el periódico?

—Para rellenar las nueve casillas correspondientes al mamífero proboscidio fósil de gran tamaño con la palabra «dinoterio», que es la respuesta correcta.

—¡Oh, no!

—¡Sí, Sheila, sí! El dinoterio tiene los colmillos encorvados hacia el pecho...

Ella descargó un puñetazo sobre el brazo de la butaca.

—¡Me importa un rábano cómo tenga los colmillos el moniterio! Burke tosió.

—Moniterio, no, Sheila... Dinoterio...

—¡Como se llame! —gritó ella, realmente enfurecida—. Sheila...

—¡No estoy dispuesta a que me dejes a un lado por culpa de un maldito crucigrama, Burke! ¡O me prestas la debida atención, o recojo mis cosas y me largo del hotel!

Burke Steel la abrazó de nuevo.

—No puedes dejarme, Sheila...

—¡Claro que puedo!

—Sabes que estoy loco por tus huesos. Bueno, más que por tus huesos, por lo que tienes sobre ellos...

—¡Pues no lo demuestras!

—Tú sabes que sí...

—Pero no con demasiada frecuencia, admítelo. Burke la besó en un hombro.

—Arreglaremos eso, no te preocupes...

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, Sheila.

Ella volvió a sonreír.

—Anda, pínchame de nuevo con el bigote, pero no en el hombro...

Burke le buscó los labios y la besó con ganas. Entonces llamaron a la puerta.

Burke Steel se vio precisado a interrumpir su acción.

La morena, contrariada, preguntó:

—¿Qué pasa ahora, Burke?

—Han llamado a la puerta. ¿No lo has oído?

—Sí, lo he oído. ¿Y qué?

—Mujer, cuando llaman a la puerta, hay que abrir...

—Hazte el sordo, Burke.

—Lo siento, Sheila, pero tengo que abrir. Debe de ser Tanque.

—Qué oportuno...

—Anda, sé comprensiva y espérame en el dormitorio.

—¿Por qué no puedo quedarme aquí?

—Porque Tanque se fundiría si te viera así.

Ella emitió una risita.

—Acabas de hacer un chiste, Burke.

—Me salió sin pensar.

Sheila se puso en pie.

—¿Cuánto tiempo estarás hablando con Tanque?

—Sólo irnos minutos.

—A ver si es verdad, Burke.

—Te doy mi palabra.

Además de su palabra, le dio también una palmadita.

Sheila Gordon dejó escapar un gritito y se encaminó hacia el

dormitorio, balanceando sus prodigiosos laterales.

Burke Steel se levantó de la butaca y acudió a abrir.

Al otro lado de la puerta aguardaba un tiarrón de casi dos metros de estatura, todo músculos, cuyo rostro parecía esculpido en piedra.

—Hola, jefe —dijo la mole humana, con su voz de tractor en marcha.

—Pasa, Tanque —indicó Burke.

El grandullón movió sus robustas piernas —rematadas por un par de zapatones que, por su longitud, más parecían un par de esquís— y se adentró en la habitación.

Burke Steel cerró la puerta y fue tras él.

—¿Pagó el tipo, Tanque?

Éste torció la boca, porque era su forma de sonreír, y respondió:

—Como todos, jefe.

—¿Los cinco mil?

—Hasta el último dólar —asintió el hercúleo individuo, metiéndose la mano en el bolsillo interior de la chaqueta. Extrajo un sobre y se lo entregó a Burke, diciendo—: Aquí están, jefe.

Burke Steel lo abrió y contó los billetes.

Devolvió buena parte de ellos al gigantón.

—Ahí van tres mil, Tanque. Ya sabes cómo debes distribuirlos.

—Novecientos para mí, novecientos para Herbert, novecientos para Brenda y los otros trescientos para Corwin.

—Eso es.

—Jamás había ganado tanto dinero, jefe.

Burke sonrió.

—Tenemos un negocio muy productivo, Tanque.

—Y seguro.

—Sí, no corremos ningún peligro. Corwin, el recepcionista, nos informa con todo detalle de los matrimonios que se van alojando en el hotel. Yo elijo al marido más apropiado para ser chantajeado; la escultural Brenda lo conquista y se lo lleva a su habitación; Herbert, que es un buen fotógrafo, le toma las fotos desde la suya, que es la contigua a la de Brenda, y tú, que causas enorme respeto con tu poderoso físico, te encargas de cobrarle. El tipo no tiene más remedio que pagar, para que no se entere su esposa de sus andanzas. Y por el mismo motivo, no puede acudir a la policía...

—¿Ya ha decidido quién va a ser la próxima víctima?

—Arthur Davis, el ganadero de Texas. Reúne las dos condiciones necesarias: es rico y está enamorado de su mujer.

—Bien, se lo diré a Brenda.

Tanque caminó hacia la puerta.

Antes de alcanzarla, se volvió y dijo:

—Oh, se me olvidaba, jefe. Hace unos minutos se registraron en el hotel dos tortolitos.

—¿Una pareja de recién casados?

—Sí, eso me ha dicho Corwin. Son de Washington y contrajeron matrimonio esta misma mañana. Telefonearon desde allí para reservar una habitación. Corwin les ha dado la 864.

—¿Cómo se llama el tortolito?

—Harry Bronson.

—¿Tiene pasta?

—Corwin asegura que sí, y él nunca se equivoca en eso.

—Entonces, tras el ganadero de Texas, Harry Bronson será quien caiga en los suaves y cálidos brazos de Brenda...

CAPÍTULO IV

El botones, un muchacho espigado, de rostro astuto, dejó las maletas en el suelo.

Harry Bronson le dio una generosa propina.

—Muchas gracias, señor —dijo el botones, y salió rápidamente de la habitación, más alegre que una pandereta.

El agente del FBI, sonriendo, dijo:

—Bien, Cynthia, ya estamos instalados en el Hawai Hotel...

Ella, risueña hasta entonces, le miró, ceñuda.

—Cuando estemos a solas, nada de Cynthia, sino agente Lewis. Y sin tuteo, ¿entendido?

—Oh, eso sería un lío...

—¿Por qué?

—Podría confundirme y llamarte agente Lewis en presencia de alguien...

—Pues procura no confundirte.

—Cuando, hace unos minutos, mientras nos estábamos registrando en el hotel, te mostraste tan dulce y cariñosa, pensé que ya no estabas enfadada conmigo... Incluso me pellizcaste la barbilla y me llamaste «cuchi-cuchi»...

—Eso forma parte del plan. Es necesario que todos crean que somos realmente dos recién casados. Pero, cuando estemos a solas, tú serás para mí el agente Bronson, y yo para ti, la agente Lewis.

—Qué luna de miel tan divertida...

—Guárdese sus ironías, agente Bronson.

—¿Por qué no podemos ser amigos mientras dure la misión?

—Porque yo no quiero ser amiga de una víbora.

—¡Cynthia!

—¡Agente Lewis! —recordó ella.

Bronson se pasó la mano por la cara.

—Cynthia, sé que no me comporté bien contigo aquella noche, cuando te invité a subir a mi apartamento, a tomar una copa, pero...

Cynthia Lewis le envió una mirada furibunda.

—¡Me invitaste a subir con la peor de las intenciones!

—Eso no es cierto.

—¡Ya lo creo que sí! ¡Tú no querías tomar una copa conmigo, querías otra cosa!

—Si analizas fríamente lo sucedido aquella noche, llegarás a la conclusión de que mi comportamiento no fue tan censurable como tú crees.

—¿Que no...? ¿Vas a negar que pretendías...?

—Cynthia, te ruego que des un repaso a los hechos... Nos conocimos aquella misma noche, por casualidad. Yo estaba cenando tranquilamente en un restaurante, cuando llegaste tú. No quedaba ninguna mesa libre, lo cual pareció contrariarte mucho, así que yo te sugerí cortésmente que compartieras la mía. Tú titubeaste, pero acabaste aceptando...

—¡Porque me pareciste un caballero!

—Charlamos durante la cena... Te encontré simpática, agradable, además de bonita. Me sentí atraído hacia ti. Y me pareció que tú también te sentías atraída hacia mí...

Cynthia Lewis apretó los dientes, pero no dijo nada.

Harry Bronson continuó:

—Cuando acabamos de cenar, te invité a dar un paseo, y más tarde, a subir a mi apartamento. Y tú no te negaste...

—¡Porque seguías pareciéndome un caballero! ¡Además, me habías mostrado tu placa de agente del FBI, y yo a ti la mía de policía!

—Una vez en él, tomamos esa copa y conversamos, sentados en el sofá, acompañados por una agradable música de fondo... De pronto, nos quedamos callados los dos, mirándonos fijamente a los ojos, y casi sin darnos cuenta, nuestras bocas se unieron...

La agente Lewis enrojeció ligeramente.

Bronson prosiguió:

—Si tras el beso, tú me hubieses aflojado la muela del juicio de una bofetada, no habría pasado lo que pasó. Pero como me la diste,

yo te volví a besar, y te acaricié, y te estreché entre mis brazos...

—Y empezaste a bajarme la cremallera del vestido.

Bronson tosió nerviosamente.

—Fue un acto instintivo, Cynthia...

—¡Fue un acto vergonzoso!

—Que tú castigaste rápidamente. Te quitaste un zapato, lo empuñaste por la punta y empezaste a recorrerme la cara a taconazos, amén de otras «caricias»...

—¡Porque ya habías dejado de parecerme un caballero!

—Insisto en que tú tuviste parte de culpa, Cynthia.

—¿Yo?...

—Debiste pararme los pies mucho antes.

—De haber sabido que pensabas llegar tan lejos, ni siquiera hubiera subido a tu apartamento. Yo soy una chica decente, agente Bronson.

—Eso no lo pongo en duda, Cynthia. Sin embargo, aquella noche quisiste jugar con fuego... y estuviste a punto de quemarte.

—Yo no quise jugar a nada. Antes has dicho que en el restaurante, durante la cena, te sentiste atraído hacia mí. Pues bien, a mí me sucedió lo mismo contigo, como tú supiste adivinar. Por eso no me negué a dar el paseo ni a subir a tu apartamento. Consentí que me besaras porque creí que eran besos sinceros, de hombre que se ha enamorado de una mujer y desea compartir su futuro con ella. La realidad, sin embargo, era muy distinta. Tú no deseabas compartir tu futuro conmigo, sino divertirme durante unas horas.

Harry Bronson carraspeó embarazosamente.

—Mira, Cynthia, antes que tú subieron muchas mujeres a mi apartamento. Y también después. ¿Y sabes una cosa? Ninguna de ellas, absolutamente ninguna, se puso como tú.

—Porque todas las mujeres que conoces son unas desvergonzadas.

—Es posible, no voy a negarlo. Pero te menciono el hecho para que comprendas que mi actitud de aquella noche, estaba hasta cierto punto justificada. ¿Cómo iba yo a saber que tú eras una chica decente?

—¿Es que no se me nota en la cara?

Bronson sacudió lentamente la cabeza, sonriendo.

—Si tú supieras cómo engañan las apariencias... Conocí en cierta ocasión a una chica que sonreía tímidamente y tenía carita de ángel, pero apenas puso los pies en mi apartamento...

—No me importa saber lo que hizo ese «angelito» —le interrumpió ella—. Y de ahora en adelante, háblame sólo de cosas relacionadas con la misión que nos ha traído a Hawai. De cosas particulares, ni media palabra.

—¿No vas a perdonarme nunca aquello, Cynthia?

—Tú lo has dicho.

—¿Ya no te sientes atraída hacia mí?

—Ni pizca. Ahora te odio como jamás he odiado a nadie.

—Siendo así..., ¿por qué te ofreciste para acompañarme a Hawai?

—Para fastidiarte. En principio, el inspector Coleman parecía dispuesto a proponérselo a la agente Ellery, una rubia muy bonita. Es una buena chica, pero estoy segura de que, al tener que estar a solas en la habitación de un hotel, con alguien tan experto como tú en cuestiones de faldas, hubiese terminado por caer en tus brazos.

Bronson sonrió con ironía.

—¿Tan irresistible me crees, Cynthia?...

—Tan bicho, que no es lo mismo.

El agente del FBI exhaló un suspiro.

—Está bien, Cynthia, no discutamos más. Lo mejor será pedir la cena.

—Estamos de acuerdo.

—¿Qué te apetece cenar?

—Estofado de agente del FBI.

—¿De alguno en particular? —repuso Bronson, sonriendo otra vez.

—De un tal Harry Bronson, si pudiera ser.

—Me temo que no, Cynthia. Si quieres comerme, tendrá que ser crudo.

—Tal vez me decida y te deje sin orejas de un par de dentelladas.

Bronson la miró significativamente.

—Dejarse comer por un caníbal tan precioso como tú no debe ser tan malo...

—Si piensas que piropeándome vas a hacerme cambiar de idea

con respecto a ti, estás fresco.

Harry Bronson no replicó.

Se acercó al teléfono, descolgó el auricular y pidió la cena.

Ésta transcurrió en el más absoluto silencio.

Tras ella, Cynthia Lewis se levantó y se dirigió al dormitorio.

El agente del FBI se puso también en pie y emitió un carraspeo.

—Cynthia...

Ella se detuvo, delante ya de la puerta del dormitorio, y giró la cabeza.

—¿Qué?

—¿Te vas a acostar ya?

—Sí.

—¿En la cama?

—No, encima del tocador —respondió ella, con sarcasmo.

Bronson se pasó el dedo índice por el cuello de la camisa.

—Acabo de hacer una pregunta tonta, ¿eh? —dijo, forzando una sonrisa.

—La mar de tonta.

—Verás, lo que quiero saber es dónde voy a dormir yo...

—En el diván.

—¿En el diván? —repitió él, mirando el mueble.

—¿No te parece cómodo?

—Sí, cómodo sí es, pero si alguien entrase de pronto y me viese acostado en el diván, en mi noche de bodas..., ¿qué pensaría?

—Qué piense lo que quiera.

—Para la buena marcha del plan, deberías permitirme pasar la noche en el dormitorio, aunque fuese acostado sobre la alfombra...

—Sobre las alfombras duermen los perros.

—Te prometo no ladrar.

—Muy gracioso.

—¿Qué me respondes, Cynthia? ¿Puedo pasar la noche ahí dentro?

—No te caerá esa breva.

La joven se introdujo en el dormitorio, cerró la puerta y corrió el pasador. Se aproximó a la cama y comenzó a desvestirse.

Se había desnudado casi totalmente, cuando sonaron unos golpecitos, dados sobre la puerta.

—¿Qué ocurre? —inquirió, desde su posición.

—Mi pijama, Cynthia... —respondió Bronson—. Continúa en mi maleta, y mi maleta está ahí dentro... ¿Me dejas entrar a cogerlo?

—Duerme vestido.

—Eso es antihigiénico...

Cynthia Lewis arrugó el ceño. Se puso el camisón —muy cortito y muy sugestivo—, se colocó la bata, acercóse a la puerta y abrió.

—Tienes treinta segundos para coger tu pijama —advirtió.

—Gracias, Cynthia.

Bronson entró rápidamente en el dormitorio, abrió su maleta y sacó su pijama, de un amarillo muy vivo.

—Ya lo tengo, Cynthia —dijo, mostrándoselo.

—Está bien, largo.

—Todavía no han pasado los treinta segundos...

—¡Fuera!

El agente del FBI se apresuró a obedecer.

Cynthia Lewis cerró nuevamente la puerta, se quitó la bata y entró en el cuarto de baño, del que salió poco después, metiéndose en la cama.

Se disponía a apagar la luz de la mesilla de noche, cuando de nuevo sonaron unos discretos golpes.

—Cynthia... —llamó Harry Bronson.

—¿Qué te pica ahora? —inquirió ella.

—Los dientes.

—¿Cómo?

—Que se me ha olvidado cepillarme los dientes...

—Ya te los cepillarás mañana.

—No podría dormir con los dientes sucios...

—Pues te pasas la noche en vela.

—Cynthia, por favor... No puedes negarme la higiene dental...

La joven saltó de la cama, furiosa.

Volvió a enfundarse la bata y acudió a abrir.

Bronson carraspeó.

—¿Cuántos segundos tengo para coger mi cepillo y mi pasta de dientes, Cynthia?

—¡Quince!

—¿Y para cepillármelos?

—¡Otros quince!

—Diablos, pocos son... Sólo podré cepillarme la mitad...

La agente Lewis se puso a contar:

—Uno..., dos..., tres...

Bronson entró corriendo en el dormitorio, extrajo su cepillo y su pasta de dientes de la maleta y desapareció en el cuarto de baño, regresando escasos segundos después.

—Debo de haber establecido un nuevo récord de cepillado de dientes, ¿no crees, Cynthia? —dijo, sonriendo.

Ella se fijó en el pijama del agente del FBI, de estilo oriental, y muy concretamente, en el dragón bordado en rojo que lucía en el pecho.

—¿Tu hermano gemelo, Harry?

—¿Cómo dices? —Parpadeó él.

—Me refiero al dragón que llevas en el pecho.

Bronson se lo miró y empezó a reír.

—Eso ha estado bueno, Cynthia —dijo, y como si obrara inconscientemente, se aproximó a la cama y sentóse en el borde.

La joven le envió una mirada cortante.

—Levántate inmediatamente de la cama, Harry.

—¿Cómo?... ¡Oh!, perdona, Cynthia —exclamó Bronson, brincando de ella—. Te juro que me senté sin darme cuenta.

—Vamos, sal de una vez.

El agente del FBI miró el lecho y suspiró nostálgicamente.

—Con una cama tan amplia y que yo tenga que dormir en el diván...

—¿Sales por tu pie o te hago salir yo volando por los aires? —dijo la agente Lewis, cobrando una amenazante posición de judoka dispuesto a lanzarse al ataque.

A causa, de ello, la bata se le abrió y su pierna derecha quedó visible.

La pierna era algo excepcional, pero Harry Bronson no se entretuvo en admirarla, porque recordó que Cynthia Lewis era cinturón negro y partía ladrillos con el filo de la mano y destrozaba tabiques a golpes de talón.

Abandonó precipitadamente el dormitorio y ya no volvió a molestar a la agente durante el resto de la noche.

La mañana era calurosa.

Apetecía tomarse un baño.

Esto era precisamente lo que estaba haciendo buena parte de los clientes del Hawai Hotel: tomarse un baño en la magnífica piscina del hotel.

Harry Bronson y Cynthia Lewis ya se habían zambullido en ella un par de veces, y ahora se encontraban tumbados boca arriba sobre dos cómodas sillas extensibles, muy cerca el uno del otro.

Se miraban amorosamente a los ojos y se sonreían dulcemente.

El agente del FBI se olvidó por un momento de los ojos de su falsa esposa y su mirada recorrió la espléndida figura de ella.

—Qué maravilla... —murmuró.

—¿Cómo dices, cielo? —preguntó la agente Lewis, con ironía.

Los ojos de Harry Bronson volvieron a posarse en los de ella.

—Que en bikini estás maravillosa, cariño.

—¿Sólo en bikini?... —repuso Cynthia Lewis, sonriendo ahora coquetamente.

—Y vestida. Y con abrigo, y con bufanda, y con traje de buzo...

Ella dejó oír una risita de recién casada.

—Adulador...

—Que me pase por encima un camión cargado de troncos si no soy sincero al afirmar que eres la mujer más hermosa que he visto jamás.

La agente Lewis, bajando mucho la voz, pero sin perder la sonrisa, repuso:

—Si no hubiera gente alrededor, ya te diría yo a ti, sinvergüenza.

—¿Por qué me llamas sinvergüenza, ahora?...

—Por lo que hiciste antes, mientras estábamos en el agua.

—¿A qué te refieres, Cynthia?

—Lo sabes muy bien, no te hagas el loco. Me encontraba buceando tranquilamente cuando, de pronto, un pulpo cayó sobre mí y me aprisionó con sus poderosos tentáculos. Me llené de desconcierto, porque los pulpos viven en el mar, no en las piscinas. Cuando giré la cabeza, para verle la cara al pulpo, me encontré con que el de los tentáculos eras tú.

Bronson emitió una tos nerviosa.

—Me dio la impresión de que tenías dificultades para regresar a

la, superficie; por eso me sumergí y te cogí...

—No seas embustero. Lo que tú querías era tener la oportunidad de abrazarme a tus anchas.

—Ahora comprendo por qué me atizaste aquel tremendo rodillazo en el estómago...

—Para que me soltaras.

—No era necesario que me golpearas tan fuerte, demonio. Me subió a la garganta parte del zumo de naranja que tomé en el desayuno...

—Espero que te sirva de lección.

Harry Bronson se disponía a replicar, pero no pudo hacerlo, porque vio algo que le dejó sin habla.

CAPÍTULO V

Lo que vio Harry Bronson fue una mujer, joven, hermosa, de cabello largo y rubio, que acababa de aparecer por la puerta del hotel que comunicaba con la piscina.

La rubia caminó en dirección a donde él y Cynthia Lewis se encontraban, sin ninguna prisa. Lucía un microscópico bikini azul, y sobre él, una corta bata de baño, abierta.

Pasó por delante de ellos, recorrió otros cuatro o cinco metros y se detuvo junto a una silla extensible que se hallaba desocupada. Allí se desprendió de la bata de baño y su portentosa figura quedó totalmente visible.

—Por los cuernos de un vikingo... —murmuró el agente Bronson, que no le había quitado ojo a la curvilínea rubia—. ¿Estás viendo lo mismo que yo, Cynthia?...

—Cierra la boca y deja de mirarla con ojos como huevos de pava o nadie va a creer que nos casamos ayer —respondió la agente Lewis, con el entrecejo arrugado.

—¡Es ella, Cynthia! —exclamó Bronson, en tono bajo.

—¿Quién?

—¡La chantajista!

—¿Estás seguro?...

—Completamente. Es alta, rubia, de formas escalofrantes y ojos azules. Encaja perfectamente con la descripción que de ella nos dio el inspector Coleman.

—Harry, aquí hay más de una docena de mujeres así, bañándose o tostándose al sol... ¿Cómo puedes estar seguro de que ésa precisamente es la chantajista?

—Tiene que serlo, es la más llamativa de todas.

La rubia se aproximó al borde de la piscina, estiró los brazos y se

lanzó de cabeza al agua.

Poco después emergía, y empezó a bracear con buen estilo.

—Bien, puede que tengas razón, Harry —dijo Cynthia Lewis—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Por el momento, nada.

—¿Nada?

—Esperar solamente.

—¿Esperar a qué?

—A que la hermosa rubia decida aproximarse a mí con intención de chantajearme.

—¿Y si eso no sucede?

—Esperaré una semana. Si para entonces la rubia no se me ha acercado, entraré en acción. Pero sería mejor, mucho mejor, lo primero, porque de ese modo no tendría que preocuparme de encontrar pruebas contra ella y su compañero, el tipo musculoso. Ellos mismos me las facilitarían. Mira, ya sale la pájara de la piscina...

En efecto, la rubia estaba ascendiendo por una de las escalerillas metálicas, y segundos después, se tumbaba de espaldas sobre su silla extensible.

Sus ojos y los de Harry Bronson se encontraron.

El agente del FBI, muy a su pesar, dejó de mirar a la beldad y se volvió hacia Cynthia Lewis, que seguía con el entrecejo fruncido.

Bronson posó suavemente su mano sobre la cintura de ella.

Las pupilas de la atractiva pelirroja emitieron un chispeo.

—Aparta inmediatamente esa zarpa, Harry.

—La rubia nos está mirando, Cynthia...

—¿Y qué?

—Hemos de hacerle creer que estamos muy enamorados el uno del otro. Vamos, sonríeme tiernamente, como antes, y dame algún besito.

—De besitos, nada. Y aparta de una vez la mano o te suelto otro rodillazo en el estómago.

—¿Dónde se ha visto una pareja de recién casados que no se acaricien y se den besitos? Si queremos que el pían funcione, hemos de actuar así cuando estemos en público. Tú misma lo dijiste; de modo que...

Bronson estiró el cuello y la besó fugazmente en los labios.

Ella enrojeció perceptiblemente.

—Esforzándose por dominar su furia, dijo:

—Voy a sacarte las tripas por la boca, maldito.

—Serénate, Cynthia. Si tanto te molesta que te bese y te acaricie, no haberte ofrecido para colaborar en la misión. Tú sabías bien cuál iba a ser tu papel en ella.

—Eres un rufián.

—Me limito simplemente a cumplir lo mejor posible las órdenes de mis superiores. Tú, en cambio, te estás dejando llevar por tus sentimientos y pones en peligro el éxito de la misión. Ahora mismo me estás mirando como el perro mira al gato. ¿Crees que así podemos engañar a la rubia?

Cynthia Lewis tuvo que admitir que Harry Bronson llevaba razón. Ella se había ofrecido para colaborar en la misión y ahora tenía la obligación de fingir lo mejor posible que eran marido y mujer.

La ira fue desapareciendo de sus ojos y volvió a sonreír.

—Está bien, habrá caricias y besitos cuando estemos en presencia de la rubia. No quiero que me echés las culpas a mí si la misión fracasa.

—Así me gusta, camarada —sonrió Bronson.

—Sin embargo, voy a hacerte una advertencia: si con la excusa de que es mejor para el plan, te pasas de la raya, en cuanto regresemos a la habitación la emprendo a golpes contigo y te convierto en un despojo.

—No me pasaré, descuida —repuso él, y le dio otro besito.

* * *

Arthur Davis, el rico ganadero de Texas, un fornido cuarentón que rezumaba energía y vitalidad por cada uno de sus poros, pulsó con rabia el timbre de la habitación 834.

Instantes después, la puerta se abría.

—Adelante, señor Davis —dijo Tanque, con su característica ronquera.

El ganadero le miró duramente, pero no despegó los labios.

Se introdujo en la habitación.

El gigante que estaba a las órdenes de Burke Steel cerró la

puerta y se acercó al tejano.

—¿Trae el dinero, señor Davis?

—Sí.

—Venga —indicó Tanque, extendiendo la diestra, tan grande como una manopla de béisbol.

El ganadero dijo que no con la cabeza.

—Antes quiero saber si tiene las fotos y los negativos.

—¿Qué pasa, no se fía de mí?

—Sería estúpido fiarse de un canalla como usted.

Tanque apretó sus poderosas mandíbulas.

Con su manaza agarró por la camisa al ganadero.

—No vuelva a insultarme si no quiere que le arranque la cabeza de un puñetazo, tejano —masculló.

Arthur Davis, impertérrito, ordenó:

—Retire esa mano.

—Recuerde lo que le he dicho, señor Davis, porque yo nunca amenazo en vano —advirtió el energúmeno, soltándole la camisa.

—Las fotos y los negativos —indicó el ganadero.

Tanque se introdujo la mano en el bolsillo y extrajo un sobre.

Se lo entregó al tejano.

Éste lo abrió y comprobó que estaban todas las fotos que le habían sido tomadas en el dormitorio de la rabia Brenda, con ésta.

También estaban sus correspondientes negativos.

Tanque le arrebató el sobre de un zarpazo.

—¿Satisfecho, señor Davis?

—Dijo usted que destruiría las fotos y los negativos —recordó el ganadero.

—Así es, señor Davis. Pero no lo haré hasta que usted no me entregue la suma convenida.

Arthur Davis sacó un sobre y se lo tendió al mastodonte.

—Aquí está.

—¿Cinco mil pavos?

—Sí.

—Veamos.

Tanque contó el dinero.

—Sí, están los cinco mil, tejano —dijo, guardándose el sobre.

—Destruya las fotos y los negativos —exigió el ganadero.

—Enseguida, señor Davis.

Tanque sacó su encendedor, lo accionó y aplicó la llama a una de las fotos, la cual sostuvo mientras pudo y luego la dejó en el cenicero que descansaba sobre una mesa de té, donde acabó de quemarse.

Del mismo modo destruyó las otras fotos y los negativos.

—¿Se siente más tranquilo ya, señor Davis?

—Sí.

—Bien, puede largarse cuando quiera.

Las pupilas de Arthur Davis despidieron un centelleo.

—Antes tengo que hacer dos cosas, amigo: darle su merecido por la canallada y recuperar mis cinco mil dólares.

Dicho esto, el ganadero de Texas, que no tenía nada de cobarde, disparó su puño derecho y lo estrelló en la mandíbula de aquella especie de apisonadora humana.

Tanque echó la cabeza hacia atrás, porque el tejano pegaba duro, pero ni siquiera trastabilló.

Arthur Davis le envió rápidamente la izquierda, también al rostro, con idéntica potencia.

Tanque aguantó el golpe tan bien como el anterior y respondió con un impresionante rechazazo al mentón del ganadero.

Éste cayó de espaldas al suelo.

Tanque, sin apenas despegar los dientes, advirtió:

—Prepárese a recibir la mayor paliza de su vida, tejano.

Y se fue hacia él.

Arthur Davis se puso en pie con rapidez y se lanzó sobre la bestia que hablaba.

Sin embargo, ni su fortaleza ni su valor sirvieron de nada, porque Tanque parecía precisamente eso: un tanque.

Los golpes del tejano apenas hacían mella en él.

En cambio, los suyos acabaron pronto con el ímpetu del ganadero, al cual envió al suelo un par de veces más, la última, sin fuerzas ya para levantarse y reanudar la pelea.

Tanque disparó su zapatón derecho, alcanzando en el costado al tejano, quien emitió un grito de dolor.

Tras atizarle un segundo patadón, masculló:

—¿De veras es usted tan ingenuo que pensaba poder derrotarme con los puños? ¡No hay nadie capaz de lograrlo, tejano!

Arthur Davis, encogido en el suelo, no respondió.

Tanque lo agarró y lo levantó bruscamente.

Acercándole mucho la cara, indicó:

—Ahora va a largarse de aquí y se olvidará por completo de la chica y de mí, porque si no fuera así, lo pagaría usted con la vida. Y en lo sucesivo, no se deje embaucar por ninguna mujer, por hermosa que sea. Confórmese con la suya y no se verá en problemas.

El ganadero se mantuvo en silencio.

Sangraba por la comisura de la boca y por la nariz.

Tanque lo soltó.

—Límpiese esa sangre y piérdase de vista. ¡Rápido!

Arthur Davis se pasó el pañuelo por la cara.

Seguidamente, y con paso vacilante, se dirigió hacia la puerta y salió de la habitación 834.

* * *

Cynthia Lewis, con el semblante serio, inquirió:

—¿Tienes que cepillarte los dientes?

—Sí, claro —respondió Harry Bronson.

—Pues hazlo. Y coge tu pijama.

—¿Es que piensas acostarte ya?...

—Sí.

—¿No te parece un poco temprano?

—Tal vez. Pero con tal de no verte...

Bronson largó un suspiro.

—Tan bien que nos lo pasamos cuando estamos en la piscina, en presencia de la rubia...

—Te lo pasarás tú, no yo —replicó ella—. Para mí es un tormento chino tener que soportar tus caricias y tus besos con la sonrisa en los labios, cuando en realidad, lo que estoy deseando en esos momentos es sacarte el hígado por las fosas nasales a golpes.

—Eh, Cynthia, no irás a decirme que me he pasado de la raya en algún momento...

—Si lo hubieras hecho, ahora estarías en una clínica, escayolado de pies a cabeza.

—Ingiriendo sólo alimentos líquidos, con un tubito...

—Exacto.

—¿No te produciría eso un cierto remordimiento?

—¿Sentirías tú algún remordimiento después de aplastar una tarántula?

El agente del FBI enarcó las cejas.

—¿Es que vas a compararme a mí con un bicho tan peligroso?...

—Con perdón de la tarántula, porque tú eres mucho más bicho y mucho más peligroso.

—Vaya, veo que tu antipatía hacia mí no decrece.

—Todo lo contrario. Aumenta a cada minuto que pasa.

—En fin... —suspiró nuevamente Bronson, y se adentró en el dormitorio.

Segundos más tarde regresaba, con los dientes cepillados y el pijama bajo el brazo.

—Hale, ya puedes encerrarte —dijo.

La agente Lewis caminó altivamente hacia el dormitorio y se introdujo en él.

Un rato después, cuando ya casi estaba a punto de conciliar el sueño, la joven se sobresaltó al oír un ruido procedente de la otra estancia, semejante al producido por un cuerpo humano al chocar contra el suelo.

«El agente Bronson, que se ha caído del diván, seguro», pensó.

Sin embargo, otros ruidos empezaron a sucederse, acompañados de algunos quejidos y gritos ahogados.

Cynthia Lewis dio un fuerte respingo y quedó sentada en la cama.

—¡Se trata de una pelea!... —exclamó, con ojos agrandados.

CAPÍTULO VI

La agente Lewis saltó de la cama, y tal como iba, descalza y en camisón —muy cortito y muy mono él, como ya se ha dicho—, corrió hacia la puerta y la abrió bruscamente.

Las luces de la otra estancia estaban apagadas, pero como a través de los cristales de las puertas corredizas que comunicaban con la terraza se filtraba el resplandor de la luna, Cynthia Lewis pudo ver lo que allí sucedía.

Y lo que allí sucedía era que Harry Bronson estaba haciendo frente a dos individuos, altos y corpulentos.

En aquel preciso momento, uno de ellos le largó un zurdazo al agente del FBI, enviándolo al suelo aparatosamente.

—¡Voy en tu ayuda, Harry! —Hizo saber la joven, y echó a correr hacia el par de fulanos.

Desgraciadamente, al pasar junto al agente, tropezó con una de las piernas de éste y se fue de bruces al suelo, dando un gritito de sorpresa.

Bronson la miró ceñudamente.

—Bonita ayuda la tuya, Cynthia —dijo, y rápidamente se puso en pie, para seguir viéndoselas con los tipos.

La agente Lewis, rabiosa por su desafortunada caída, se incorporó de un ágil salto, dispuesta a demostrarle al agente Bronson que ella sabía pelear tan bien o mejor que él.

Cuando estaba a punto de lanzarse sobre uno de los sujetos, Harry Bronson recibió un derechazo en la barbilla y salió despedido hacia atrás, con los brazos abiertos.

Tropezó violentamente con Cynthia Lewis y ambos cayeron al suelo, quedando la joven tendida de espaldas y Harry Bronson cruzado sobre la parte media del cuerpo de ella, boca abajo.

El agente, mientras se masajeaba el mentón, volvió a mirar a su falsa esposa con seriedad.

—¿Por qué no regresas al dormitorio y dejas de molestar, Cynthia?

—¿Molestar?... —repitió ella, llena de perplejidad.

—Tengo que acabar de una vez con estos fulanos, pero no lo conseguiré si a cada momento estoy tropezando contigo. Vamos, hazme caso y vuelve a la cama.

Bronson recuperó la vertical y fue al encuentro de los tipos, reanudando la pelea.

Cynthia Lewis, roja de ira, brincó del suelo y lanzó un par de exclamaciones en japonés.

—¡Observa esto, Harry! —gritó un segundo después, y saltó sobre uno de los individuos, con la pierna derecha por delante.

Su propósito era alcanzar al tipo en el pecho con un duro golpe de talón.

Sin embargo, era evidente que la agente Lewis no estaba ele suerte aquella noche...

Harry Bronson se interpuso entre ella y el individuo al que iba dirigido el golpe de karate, porque el otro sujeto acababa de propinarle un puñetazo en el maxilar inferior, obligándole a cambiar de posición.

El golpe de talón lo recibió el agente en la espalda.

—¡Huag!... —chilló, al tiempo que caía como fulminado por una descarga eléctrica.

—¡Harry! —exclamó la joven, llevándose una mano a la boca, porque se temía lo peor.

Harry Bronson se había quedado completamente inmóvil, desmadejado en el suelo, y sus ojos, muy abiertos miraban hacia el techo.

Todo parecía indicar que... ¡que estaba muerto!

Los dos individuos que habían peleado con el agente del FBI, al ver que éste no se levantaba, corrieron hacia la puerta y se perdieron de vista rápidamente.

Cynthia Lewis, pálida como un difunto, encendió la luz de la pantalla y se arrodilló junto a Harry Bronson, sin poder contener el temblor que se había apoderado de todo su cuerpo.

—Harry... —musitó, con un hilo de voz, rozándole la mejilla

con las yemas de los dedos.

Bronson siguió mirando al techo, con ojos de muerto.

Cynthia Lewis se inclinó y pegó su oído derecho al pecho del agente, sobre la zona del músculo cardíaco.

Al instante, el rostro de la joven se llenó de alegría y sus ojos se humedecieron de emoción.

—¡Te late el corazón, Harry!

—Será el del dragón, porque yo estoy muerto —dijo el agente, sin mover un solo músculo de su rostro.

Cynthia Lewis respingó cómicamente y levantó la cabeza.

—¡Puedes hablar, Harry!

—No será por mucho tiempo.

—¡Gracias a Dios que estás vivo!

—Sí, gracias a Dios estoy vivo. Y gracias a ti voy a reunirme dentro de poco con Roy Curtis.

—¿Quién es Roy Curtis?

—Un buen amigo mío. Se murió el año pasado.

La agente Lewis se mordió el labio inferior.

—Te recuperarás pronto, Harry, ya lo verás...

—¿Dónde está?

—¿El qué?

—El hacha.

Ella pestañeó.

—¿Qué hacha?

—La que utilizaste para partirme la espina dorsal.

—No digas esas cosas, Harry... —rogó la joven, profundamente apenada.

—¿No me diste con un hacha?

—Fue con el talón...

—Me confundiste con un tabique, ¿eh?

—El golpe iba destinado a uno de los tipos, pero tú te interpusiste inesperadamente y ya no pude frenar mi pierna...

Harry Bronson, que continuaba rígido, movió las bolas de los ojos y miró a la agente Lewis.

—No creo que me atizaras aquel salvaje talonazo por error, Cynthia.

La joven arqueó las cejas.

—¿Qué quieres decir, Harry?

—Estoy seguro de que intentaste acabar conmigo.

—¿Qué...?

—Anda, confíésalo. Me quedan pocos minutos de vida y no quisiera irme al Más Allá con la duda.

—¿De veras piensas que te golpeé intencionadamente?

—¿Por qué no? Tú me odias hasta la exageración, te has hartado de repetírmelo. Incluso has llegado a decirme que soy peor que una tarántula.

—Fue un accidente, Harry, te lo juro...

Transcurrieron unos segundos en silencio.

—Está bien, Cynthia, te creo —dijo Bronson, sonriéndole con los ojos—. Estás a punto de llorar, y no me parece que sea de alegría porque me voy de este mundo.

A Cynthia Lewis se le escaparon un par de lagrimones.

—No te irás, Harry, ya lo verás.

—Qué más quisiera yo...

—¿Por qué no intentas levantarte?

—Porque empezarían a caerme trozos de columna vertebral.

—Tal vez no tengas ningún hueso roto...

—Eso sería un milagro.

—Yo te ayudaré a incorporarte, Harry. Vamos, cógete de mí.

—¿Que me coja de ti?

—Sí.

—¿De dónde?

—De donde mejor te parezca.

—¿No me ganaré con ello otro talonazo?

—Te prometo que no.

—Está bien, lo intentaré.

El agente pasó su brazo derecho por los hombros de la joven.

—¡Animo, Harry! —dijo ella, tirando de él con todas sus fuerzas.

—¡Ay! —se quejó Bronson, apretando los ojos—. ¡Con cuidado, Cynthia, con cuidado! ¡Huy!...

—¡Ya está, Harry!

Era cierto, Bronson había conseguido ponerse en pie, gracias al esfuerzo de Cynthia Lewis.

—Sí, eso parece... —murmuró él, haciendo muecas.

—Ahora, intenta caminar.

—Para caminar es necesario tener un par de piernas.

—Tú las tienes, Harry.

—Pero como si no, porque apenas las siento.

—Prueba a dar unos pasitos cortos, sin soltarte de mí.

—Sí, porque si me suelto, me caigo.

Bronson movió las extremidades inferiores, pero lo hizo como un anciano de noventa años aquejado de artritis.

—¡Puedes caminar, Harry! —exclamó jubilosamente la joven.

—Si a esto le llamas tú caminar...

—Ello demuestra que no tienes ningún hueso roto.

—Pues me duele la espalda como si un tigre se mela estuviera comiendo...

—Haz un esfuerzo y camina hacia la cama.

—¿Hacia la cama?

—Estarás mejor que en el diván.

—Sí, pero tú...

—Yo dormiré en el diván, no te preocupes.

Harry Bronson, con la ayuda de Cynthia Lewis, consiguió alcanzar el dormitorio, llegar hasta la cama y tenderse en ella.

—¿Te sigue doliendo la espalda, Harry?

—Horrores.

—¿Quieres que llame al médico del hotel? —sugirió ella.

—¿Cómo voy a decirle al médico que mi dulce y adorada mujercita casi me ha desmontado el esqueleto de una patada? —repuso él.

—Podrías decirle que te has caído de la cama...

—Oh, eso no, Cynthia —rechazó Bronson, moviendo la cabeza—. Imagínate lo que pensaría el doctor...

—En la maleta llevo un botiquín, Harry. Y en él hay un linimento que alivia los dolores. ¿Quieres qué...?

—Sí, por favor. Una pasadita de linimento no me irá mal.

La agente Lewis encendió la luz de la mesilla de noche y se acercó a la maleta, en busca del botiquín.

Bronson la observó.

La encontró deliciosa con aquel camisoncito.

Ella regresó junto a la cama con el frasco de linimento.

—Date la vuelta, Harry —indicó.

El agente lo hizo, con sumo cuidado y alguna que otra cara fea.

Cynthia Lewis le subió la pieza superior del pijama y empezó a

aplicarle el linimento en la zona de la espalda que se veía irritada.

Bronson comenzó a quejarse y a morder la almohada.

—¿Quiénes eran esos tipos, Harry?

—Francis *el Rencoroso* y Bud *el Vengativo*, dos fulanos con los que me tropecé hace algunos meses, cuando me encontraba en San Francisco, realizando una misión. Ignoraba que estuviesen ahora en Hawai. Han debido verme y decidieron darme una paliza. Se introdujeron silenciosamente en la habitación y me sorprendieron dormido en el diván.

Cynthia Lewis acabó con la aplicación del linimento.

—Ya está, Harry. Puedes volverte.

El agente se puso nuevamente boca arriba y la miró a los ojos.

—Te estás portando muy bien conmigo, Cynthia.

—Eso lo menos que puedo hacer, después de lo ocurrido.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Tengo la impresión de que no me odias tanto como dices.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra, no te confundas.

Bronson le tomó una mano y se la oprimió cariñosamente.

Ella no hizo nada por rescatarla.

—Eres una chica estupenda, Cynthia.

—¿Tú crees?

El agente del FBI, tiró suavemente de la mano de ella y obligó a la joven a sentarse en la cama.

—Dime que no me odias, Cynthia...

—Te odio.

—Que me has perdonado lo de aquella noche...

—No te lo he perdonado.

—Que todavía te sientes atraída hacia mí...

—En absoluto.

Bronson había ido tirando más y más de la mano de Cynthia Lewis, obligándola a inclinarse sobre él, por lo que sus rostros estaban ya muy próximos el uno del otro.

—Dime que me quieres un poquito, Cynthia...

—No, ni siquiera un poquito —respondió ella.

Sin embargo, permitió que el agente tirara unos centímetros más de su mano y la besara en los labios, aun sabiendo lo peligroso que aquello podía resultar, dadas las circunstancias.

Los dos a solas en un dormitorio...

El en pijama...

Ella en camisón...

Por eso, Harry Bronson la dejó muy sorprendida curarlo, tras el beso, sonrió suavemente y dijo:

—Será mejor que salgas del dormitorio, Cynthia.

—¿Te estás volviendo decente o es que te duele demasiado la espalda? —repuso ella, con una sonrisa irónica.

—Las dos cosas.

—Debo confesar que estás empezando a desconcertarme, Harry.

—No soy un trozo de pan, desde luego, pero tampoco un bicho, como tú crees.

—Ya no me pareces tan bicho.

—Buenas noches, Cynthia.

—Buenas noches, Harry.

La agente Lewis se levantó de la cama y salió del dormitorio.

* * *

—Eh, Andy —llamó Harry Bronson.

Andy, el botones espigado y de rostro astuto, se acercó rápidamente al agente del FBI, con la sonrisa en los labios.

—Aquí me tiene, señor Bronson.

Este extrajo su billetera, contó ciento veinticinco dólares y se los entregó al botones.

—Era lo convenido, ¿no?

—Sí, señor Bronson —respondió el muchacho, guardándose el dinero—. Cien pavos para los tipos que pelearon con usted y veinticinco para mí por proporcionárselos. Por cierto, ¿dio resultado su plan?

El agente hizo una mueca.

—A medias solamente, Andy.

—¿No logró reconciliarse con su esposa?

—Oh, sí. Por ese lado, el plan fue un éxito completo.

—Entonces, ¿qué es lo que falló?

Harry Bronson se pasó los dedos por la mandíbula.

—¿Por qué pegaban tan fuerte los tipos, demonio?

El botones carraspeó.

—Bueno, usted quería que la pelea pareciese real, para que su esposa, que según usted, es la reina de la desconfianza, no sospechase la verdad...

—Sí, real sí pareció, porque los tipos, además de pegar duro, tenían estilo. ¿De dónde los sacaste, Andy?

—Son mecánicos del hotel, los que se ocupan del buen funcionamiento de los ascensores. En los ratos libres, practican el boxeo.

—Ya decía yo... —murmuró el agente, moviendo los maxilares.

—Si los necesita de nuevo, estarán a su disposición por el mismo precio.

—Gracias, Andy —sonrió Bronson.

—Siempre a sus órdenes, señor Bronson.

El botones se alejó con paso raudo.

Bronson caminó en dirección opuesta.

Había conversado con el botones en el corredor de la decimosexta planta, donde se encontraba la habitación 884, la que ocupaban él y Cynthia Lewis.

Al doblar el corredor, el agente, que iba un poco distraído pensando en la atractiva pelirroja que estaba al servicio de la ley, se dio un buen encontronazo con alguien.

Bronson sólo trastabilló, pero la persona que había chocado con él cayó al suelo de forma aparatosa, dando un chillidito.

El agente se quedó momentáneamente paralizado al ver que había tropezado con..., ¡la seductora rubia del diminuto bikini azul, la presunta chantajista!

CAPÍTULO VII

Si, allí estaba, tendida de espaldas en el suelo del corredor con la misma indumentaria que cuando apareció en la piscina, es decir, el sucinto bikini azul y la corta bata de baño, que como entonces, llevaba abierta.

La tentadora rubia, mirando con seriedad al agente del FBI, dijo:

—¿Es usted tan poco caballero que no va a ayudarme a levantarme?

—¡Oh! —exclamó nerviosamente Bronson, apresurándose a levantar a la rubia—. Le ruego que me disculpe, señorita. Yo...

—No soy señorita.

—Perdón de nuevo, señora —carraspeó el agente—. Como no lleva alianza, pensé que...

—No la llevo porque soy viuda.

—¿Tan joven...?

La rubia sonrió por primera vez después del encontronazo.

—Sólo estuve casada seis meses. Mi esposo falleció en accidente de automóvil, hace apenas un año.

—Oh, cuánto lo siento, señora...

—No me llame señora, no me gusta. Llámeme simplemente Helen.

—Yo soy Harry Bronson.

—Me alegro de conocerle, Harry, aunque esto parezca un chiste dadas las circunstancias.

—Lamento el encontronazo, Helen.

—No se preocupe, ya pasó.

—¿Se ha lastimado usted?

—Me duele un poco la rodilla derecha —respondió ella, encogiendo la pierna ligeramente.

—Espero que no sea nada.

—Por el momento, me impide bajar a la piscina a nadar un rato, como era mi intención.

—Lo siento de veras, Helen. Si puedo hacer algo por usted...

—Acompañarme a mi habitación, si no le importa. No puedo apoyar bien la pierna.

—La acompañaré con mucho gusto.

—Gracias, Harry.

—¿Cuál es su habitación?

—La 861.

—Apóyese en mi hombro, Helen.

La rubia lo hizo y empezó a caminar, cojeando sensiblemente.

—Con cuidado, Helen.

—Es usted muy amable, Harry.

—Lo que soy es un estúpido. Si no hubiese ido tan distraído, no la hubiera lastimado.

—El encontronazo fue culpa de los dos.

Llegaron a la habitación 861 y entraron en ella.

La rubia se dejó caer en el diván e hizo un gesto de dolor.

Cogió uno de los almohadones del diván y lo puso sobre la mesa ratona que había delante de él.

—¿Quiere ponerme la pierna sobre el almohadón, Harry? —rogó, con una cautivadora sonrisa.

Bronson lo hizo, diciendo:

—En la caja fuerte del hotel estaría mejor.

—¿El qué?

—Su pierna.

—¿Mi pierna...? —Pestañeó ella.

—Es una auténtica joya.

La rubia rió coquetamente.

—Qué piropo tan original, Harry.

—Bien, si ya no me necesita para nada...

—Oh, no se vaya todavía.

—Es que...

—Sírrame una copa, por favor. Y sírvase usted otra, Harry. Allí tiene el mueble bar.

Bronson fingió titubear, pero acabó por dirigirse al mueble de las bebidas. Escanció *whisky* en un par de vasos y luego echó en

ellos unos cubitos de hielo. Cuando se volvió, observó que la rubia se había desprendido de la bata de baño.

El agente se vio obligado a carraspear.

Regresó junto a ella y le ofreció uno de los vasos.

—Siéntese, Harry.

—Gracias —respondió Bronson, sentándose a su lado.

Ella ingirió un sorbo de *whisky*, mirándole.

—Tengo la impresión de que está usted un poco nervioso, Harry.

—Bueno, debo confesar que sí...

—¿Cuál es la razón?

—No lo sé exactamente.

—¿No seré yo?

—Pues..., sí, creo que sí.

La rubia ingirió otro sorbito de *whisky*.

—¿Me encuentra atractiva, Harry?

—Mucho.

—También usted me lo parece a mí.

—¿De veras?

La rubia, sonriendo con atrevimiento, dejó su vaso sobre la pequeña mesa y luego hizo lo propio con el del agente del FBI.

Le echó los brazos al cuello.

—¿Por qué no me besa, Harry?

—Porque estoy casado. Recién casado, además.

—¿Es eso lo que le detiene?

—Sí.

—Lo considero una tontería, Harry.

—Yo no. Estoy muy enamorado de mi esposa, y no estaría bien que...

La rubia le hizo callar, sellándole la boca con un beso.

Y qué beso...

Harry Bronson tardó unos segundos, pero finalmente se encadenó a la rubia y le devolvió el beso, muy expertamente también.

Cuando separaron sus labios, ella, dijo:

—¿Ves cómo lo estabas deseando tanto como yo, Harry?

—Es difícil resistirse a tus muchos encantos, Helen.

—¿Verdad que ya no te acuerdas de tu esposa?

—Te equivocas. Me acuerdo de ella y del bastón con

empuñadura de plata que le regaló su abuelo para que lo utilice conmigo si no le soy fiel. Como sé entere de esto, me va a deslomar a bastonazos.

—Jamás lo sabrá, Harry.

—Eso espero.

Se besaron otra vez.

Después, la rubia se puso en pie y tiró del agente.

—Vamos, Harry.

—¿Adónde? —preguntó él, que ya estaba en pie también.

—No hagas preguntas tontas —respondió ella, llevándoselo hacia el dormitorio.

—Eh, ¿qué pasó con tu cojera...?

—Pues eso, que pasó —rió la rubia.

Bronson se detuvo en el umbral del dormitorio.

—¿Por qué no lo dejamos para otro día, Helen?

—No digas tonterías.

—Verás, yo...

—Tengo ganas de diversión, Harry.

—La viuda alegre, vamos.

—Eso es, como la de la película. Imagínate que soy Lana Turner.

—Pero yo no soy Fernando Lamas...

—Adentro, no te hagas el remolón.

Herbert, el tipo que tomaba las fotos a los futuros chantajeados, los vio entrar, porque el espejo del tocador de su dormitorio, al accionar un dispositivo, dejaba de ser espejo y se transformaba en un cristal que comunicaba con el espejo del tocador del dormitorio de la rubia, lo cual no se advertía desde éste.

—Ahí está Brenda con el incauto de turno, Herbert —dijo Tanque, que estaba con él—. Hay que reconocer que es única para embaucar a los hombres.

Herbert, que ya tenía su cámara fotográfica dispuesta para empezar a tomar fotos a través del cristal del tocador, se había quedado quieto como una estatua.

Tanque, dándose cuenta de que algo extraño le sucedía a su compañero, inquirió:

—¿Qué te ocurre, Herbert? ¿Por qué no empiezas a disparar tu cámara?

—¡Conozco a ese tipo, Tanque!

—¿Qué lo conoces...?

—¡Es un agente del FBI!

* * *

La voz de Sheila Gordon llegó por la puerta abierta del dormitorio:

—Burke...

—¿Qué? —respondió el apuesto Burke Steel, desde la otra estancia.

—Me estoy bañando...

—¿Ah, sí?

—¿Te importaría venir a frotarme la espalda?

—Utiliza el cepillo.

—Prefiero tus manos.

—Sheila, estoy ocupado revisando unas facturas...

—No es cierto. Sé que estás tratando de resolver uno de esos malditos crucigramas. Como no entres enseguida, saldré, te quitaré el periódico de las manos y haré pedazos la página de los pasatiempos.

Burke Steel, que en efecto trataba de resolver un crucigrama, suspiró resignadamente, dejó el periódico sobre la mesa ratona, se levantó de la butaca y caminó hacia el dormitorio.

Estaba a punto de alcanzarlo, cuando sonó el timbre.

—Tendrás que esperar un poco, Sheila. Están llamando aquí.

—¿Otra vez Tanque? —exclamó la morena, en tono de contrariedad.

—Sí, seguro que es él.

—¿Sabes una cosa, Burke? Estoy empezando a odiar a Tanque.

—¿Por qué?

—Siempre aparece cuando menos falta hace.

—Sé comprensiva, mujer. Dentro de unos minutos se habrá ido y podré ocuparme de tu espalda.

—Procura que sea así o acabaré enfadándome de verdad.

Burke Steel cerró la puerta del dormitorio y acudió a abrir.

En efecto, era el grandullón quien había pulsado el timbre.

—¿Ocurre algo, Tanque?

—Tenemos problemas, jefe.

—¿Problemas?

—De los más gordos.

—Pasa, Tanque.

Éste entró en la habitación.

—¿Qué problemas son éstos, Tanque...? —interrogó Burke.

—¿Recuerda al tortolito de Washington?

—Claro que lo recuerdo. ¿Qué pasa con él?

—Es un agente del FBI.

—¿Qué...? —Respingó Burke.

—Como lo oye, jefe. Del Departamento Central de Washington.

—¿Estás seguro de ello, Tanque?

—Herbert es quien está seguro. Cuando él ejercía en Chicago, para Jack el Sanguijuela, estuvo a punto de ser cazado por Harry Bronson. Logró escaparse por un pelo. En cuanto le vio entrar en el dormitorio de Brenda, le reconoció.

Burke Steel se pasó la mano por la nuca.

—Maldita sea... —rezongó, con gesto de preocupación.

—¿No cree que lo mejor sería cargarse al agente, jefe? —sugirió Tanque.

—No es aconsejable cargarse a un agente del FBI.

—¿Y qué quiere que hagamos? El agente nos ha descubierto, tratará de...

—No estamos seguros de que nos haya descubierto, Tanque —le interrumpió Burke.

—¿Que no...? Si está con Brenda, ya se lo he dicho...

—Eso no significa nada, Tanque. Los agentes del FBI también se casan, ¿sabes? Y no todos son fieles a sus esposas.

—¿Qué quiere decir?

—Que tal vez sea cierto que el agente Bronson ha venido a Hawai con su esposa, a pasar su luna de miel, y que, como muchos otros hombres, no ha podido resistirse a los encantos de Brenda.

Tanque sacudió su cabezota.

—Le apuesto lo que quiera a que esa pelirroja que se ha traído Harry Bronson también es agente, y que el objetivo de ambos no es otro que cazarnos y entregarnos a la policía. ¿Se acuerda de Adam Ward, aquel tipo al que chantajamos no hace mucho?

—Sí, lo recuerdo.

—Pues también era de Washington.

—Sí, es verdad...

—Seguro que el tipo, en cuanto regresó a Washington, fue a contárselo todo al FBI.

Hubo una breve pausa.

—Puede que estés en lo cierto, Tanque.

—Seguro, jefe.

—Bien, suponiendo que sea así, el agente Bronson no entrará en acción hasta que tú aparezcas con las fotos comprometedoras, dispuesto a chantajearle. Las fotos son la prueba que necesita para proceder a nuestra detención. Por lo tanto, tenemos unas cuantas horas por delante para tratar de averiguar si realmente ha venido a Hawai a atraparnos o a pasar su luna de miel.

—¿Cómo vamos a averiguarlo?

—Quiero que te introduces secretamente en la habitación del agente Bronson y ocultes un radiotransmisor, que dejarás abierto. De este modo, tú y Herbert, con otro radiotransmisor, podréis escuchar lo que hablen el agente y su supuesta esposa.

—Es una buena idea, jefe.

—Manos a la obra, Tanque.

* * *

Harry Bronson entró en su habitación.

—¿Cynthia?... —llamó.

Como no obtuvo respuesta, dedujo que su falsa esposa todavía no había regresado del salón de peluquería del hotel.

Se dejó caer en el diván y encendió un cigarrillo.

Minutos después, la agente Lewis estaba de vuelta, luciendo un artístico peinado que la favorecía mucho.

Al verla entrar, Bronson encanutó los labios y lanzó un silbido.

—Te han dejado como para mondarte a besos, Cynthia.

—No te atrevas a intentarlo, por el bien de tu esqueleto —repuso ella, más en broma que en serio.

—Demonios, la tienes tomada con mi pobre osamenta, ¿eh?

—¿Cómo sigue tu espalda? —se interesó la joven, sentándose a su lado.

—Parece que va mejor.

—Me alegro.

—De todos modos, solicito otra pasadita de linimento en la espalda.

—¿Estás seguro de necesitarla?

—Es una delicia sentir sus cálidas manos sobre la piel de mi espalda, agente Lewis... —respondió él, aproximándolo el rostro.

—¿Quieres ver como las sientes en la cara? —dijo ella, levantando la derecha, como si fuera a darle una bofetada.

Bronson separó rápidamente su rostro del de Cynthia Lewis.

—Tengo buenas noticias, Cynthia.

—¿La rubia?

—Sí. Tropezó deliberadamente conmigo en el corredor y fingió haberse lastimado una rodilla. Me pidió que la acompañara a su habitación.

—¿Lo hiciste?

—Naturalmente. Yo soy un caballero.

—Tú eres un sinvergüenza.

—Cynthia, por favor...

—¿Y una vez en la habitación de la rubia?

Bronson carraspeó.

—Bueno, una vez allí, pasó lo que tenía que pasar... Aunque yo me hice de rogar, para que la rubia no sospechara.

—Oh, sí, claro —repuso Cynthia Lewis, con ironía.

—Seguro que mañana aparece el fortachón con las fotos. Será el momento de atraparlos a los dos, a él y a la rubia. Los entregaremos a la policía y misión cumplida.

* * *

Toda la conversación mantenida entre Harry Bronson y Cynthia Lewis fue captada por el radiotransmisor que Tanque había dejado oculto en la habitación, debajo del diván, y escuchada por él y por Herbert desde la habitación de éste, a través del otro radiotransmisor.

Tanque fue rápidamente a informar a Burke Steel.

Cuando lo hubo hecho, éste comentó:

—De modo que estabas en lo cierto, Tanque...

—Desgraciadamente, jefe. El agente Bronson y la agente Lewis han venido a Hawai a echarnos el guante.

—Menudo problema...

—El problema tiene solución, jefe.

—¿Liquidar a los dos agentes?

—Exacto.

—¿Y qué ganaríamos con eso? Washington enviaría otros y tendríamos la misma.

—No, porque para entonces ya nos habremos largado del Hawai Hotel y ocultado en un sitio seguro.

Burke Steel se atusó una patilla, pensativo.

—Me duele dejar el Hawai Hotel, Tanque...

—No tenemos alternativa, jefe. O lo dejamos, o nos meten a todos en la cárcel.

—De acuerdo, Tanque. Estudiemos el mejor modo de acabar con el agente Bronson y la agente Lewis.

CAPÍTULO VIII

Harry Bronson abandonó el bar del hotel y se introdujo en uno de los ascensores.

—Decimosexto piso —indicó al ascensorista.

Éste pulsó el correspondiente botoncito y el artefacto mecánico se puso inmediatamente en movimiento.

El agente del FBI, se había dejado ver solo, durante casi una hora, por el hotel, para ver si aparecía el tipo musculoso con las fotografías, pero esto no había sucedido.

El ascensor se detuvo suavemente en la decimosexta planta.

Las puertas se abrieron y Bronson salió al corredor, caminando hacia su habitación.

Al pasar por delante de la 861, la puerta de ésta se abrió y la rubia Brenda se dejó ver, envuelta en una bata larga.

—Harry... —llamó.

—Helen... —murmuró el agente, parándose.

—Entra un momento, ¿quieres?

—Oh, no, Helen. Yo paso.

Ella sonrió, maliciosa.

—No es para lo que tú te figuras, Harry.

—¿Seguro que no?

—Sólo quiero hablar contigo.

—Es que tengo prisa, ¿sabes? Mi mujercita me está esperando para...

—Cinco minutos nada más, Harry. Tengo que decirte algo muy importante.

—Que voy a ser padre, ¿verdad? Pues no me lo creo.

La rubia no pudo contener la risa.

—Eres tremendo, Harry. Anda, entra de una vez.

Bronson simuló vacilar unos instantes.

—Está bien, Helen —accedió al fin—. Pero cinco minutos solamente, ni un segundo más.

—Descuida.

El agente entró en la habitación de la rubia.

Ella cerró la puerta, lo cogió del brazo y lo hizo adentrarse en la habitación.

—¿Qué era eso tan importante que querías decirme, Helen?

—El te lo dirá.

—¿Quién?

La rubia extendió el brazo y señaló la puerta del dormitorio.

Por ella acababa de aparecer un elefante que sólo tenía dos patas.

Bronson fingió sorprenderse mucho.

En voz baja, inquirió:

—¿Quién es ese gorilón, Helen...?

—Se llama Tanque.

—¿Y por qué no está en la guerra?

La rubia se echó a reír.

—Qué gran sentido del humor tienes, Harry.

—Lo que tengo son unas ganas locas de irme. Buenos días, Helen.

Tanque dejó oír su ronca voz:

—Quieto ahí, amigo.

Bronson, que había hecho ademán de largarse, pero no se había movido, aproximó su boca al oído de la rubia y preguntó quedamente:

—¿Ha hablado él o se está vaciando la bañera?

Ella volvió a reír.

—A Harry Bronson no le gusta tu voz, Tanque.

Éste hizo una mueca como para asustar al conde Drácula.

—Menos le van a gustar mis puños —masculló.

—Si se refiere a los de la camisa, los encuentro perfectos —repuso el agente—. Ni cortos ni largos, tienen la medida justa.

—¡Me refiero a éstos! —rugió Tanque, mostrando sus dos mazas.

Bronson dio un nervioso respingo.

—¿Qué significa esto, Helen?

—Tanque quiere pelear contigo —respondió la rubia.

—Pues yo no quiero pelear con él.

—No vas a tener más remedio, Harry.

—¿Por qué? No me digas que es tu hermano y se ha enterado de lo que pasó ayer tarde entre tú y yo.

—No, no es mi hermano.

—Claro. Tú no podrías tener un hermano tan feo.

—Es mi esposo.

—¿Cómo dices...? —Respingó nuevamente Bronson.

—Que Tanque es mi marido.

—¡Me dijiste que eras viuda! —Galleó el agente.

—Te mentí, Harry. Ese gorilón, como tú le llamas, es mi marido. Bronson forzó una sonrisa.

—Mucho gusto, marido —dijo, mirando a Tanque—. Que los dos sigan bien.

Trató de soltarse de la rubia, pero ella le retuvo, diciendo:

—Harry, si te vas, mi esposo hablará con tu esposa y le dirá lo que hubo ayer tarde entre tú y yo.

—¡Oh, no! —gimió Bronson, que seguía representando magníficamente su papel—. ¡Ella me rompería el bastón de su abuelo en la espalda!

—Entonces, quédate. Mi esposo prefiere arreglar esto contigo, de hombre a hombre.

—¡De hombre a tanque, que no es igual!

—Tú tampoco tienes nada de debilucho, Harry.

—¡Pero de él se podrían hacer dos como yo! ¡Si no hay más que mirarle los pies...! ¡No calza zapatos, calza piraguas!

—Anímate, Harry. Intercambias unos puñetazos con mi esposo y él olvidará lo que pasó ayer entre nosotros.

—Y yo también, porque me dejará tonto a golpes.

—Ya verás cómo no. ¡Vamos, que empiece la pelea! —exclamó la rubia, separándose del agente del FBI.

Tanque se fue hacia Harry Bronson.

Éste se quedó quieto donde estaba, como paralizado por el miedo.

Cuando Tanque se detuvo ante él y elevó uno de sus puños, dispuesto a propinarle el primer golpe, Bronson apuntó con su mano izquierda hacia los pies del chantajista y dijo:

—Eh, Tanque, se le ha salido una cadena.

Tanque, desconcertado momentáneamente, se miró los zapatones.

Fue entonces cuando Harry Bronson le colocó un formidable gancho de izquierda en el rostro.

Tanque levantó la cabeza al instante, por la fuerza del golpe, pero sus robustas piernas no se movieron.

El agente le soltó inmediatamente la diestra, al pómulo.

El poderoso individuo tampoco vaciló esta vez.

—Un tanque blindado, ¿eh? —dijo Bronson, sorprendido por la increíble capacidad de resistencia que poseía el fulano.

Tanque dejó ir su puño derecho, hacia la cara del agente.

Éste movió la cabeza a tiempo y la maza del chantajista le pasó por encima del hombro, zumbando como una bala de cañón.

Bronson le hundió un puño en el hígado.

Tanque emitió un bramido, porque en aquella zona acusaba más los golpes, y se encogió, con la cara arrugada.

Harry Bronson, dándose cuenta de que aquél era el punto flaco de su enemigo, le cascó en la mandíbula, para enderezarlo, y acto seguido le atizó de nuevo en el hígado, con todas sus fuerzas.

Tanque volvió a doblarse hacia adelante, dando otro rugido de dolor, y su rostro empezó a ponerse del color de las violetas.

Bronson entrelazó las manos y las descargó sobre la nuca de su rival, con tremenda potencia.

Aquel hachazo hubiera derribado a una res.

Sin embargo, Tanque no dobló las piernas, continuó como estaba, encogido, oprimiéndose con las manos la región del hígado.

Harry Bronson, en vista de que aquel tipo de golpe no daba resultado, elevó bruscamente la rodilla derecha y la estrelló en la cara del sujeto.

Tanque lanzó un aullido y se irguió, sangrando por la boca.

Bronson le conectó dos puñetazos seguidos al rostro.

Pero estaba visto que los golpes en la cara no producían casi ningún efecto en aquella especie de animal prehistórico.

Tanque, por fin, consiguió alcanzar con uno de sus puños al agente del FBI, en el mentón.

Bronson tuvo la sensación de que una carga de dinamita acababa de estallarle en la cara, y se vio rodando por el suelo de la habitación.

Tanque se limpió la sangre de los labios con el antebrazo izquierdo y rugió:

—¡Te voy a machacar, condenado!

Harry Bronson se apresuró a levantarse.

—¿Me deja que vaya por un mortero, Tanque? O por un par de granadas, al menos... Con los puños da la impresión que no le hago más que cosquillas.

—¡Toma, bastardo! —Relinchó Tanque, distendiendo el brazo derecho con rapidez.

Bronson, que ya sabía cómo sacudía aquel bestia, se movió hábilmente y esquivó el golpe, contraatacando inmediatamente con un gancho al hígado.

Tanque, como ya esperaba el agente, lo acusó instantáneamente.

Bronson le atizó un segundo rodillazo al rostro, y cuando el tipo se desencogió, le golpeó con el filo de la mano en el lado izquierdo del cuello, sobre la arteria carótida.

Fue el golpe más efectivo de todos los propinados por el agente.

Tanque bizqueó la mirada y empezó a tambalearse.

Bronson, sin darle tregua, le golpeó de nuevo en el mismo sitio.

Tanque emitió un extraño sonido gutural, dobló las piernas y se derrumbó pesadamente, totalmente inconsciente.

Harry Bronson, respirando entrecortadamente por el esfuerzo realizado, se miró los despellejados nudillos y comentó:

—Pegarle a tu marido con los puños es como rascarle el trasero a un hipopótamo con las uñas. Ni se entera...

La rubia Brenda, perpleja por el desarrollo de la pelea, y más todavía por el inesperado desenlace de la misma, dijo:

—Tanque no es mi marido.

—¿Ah, no?

—Yo jamás he estado casada.

Bronson se arrodilló junto a Tanque y empezó a registrarle los bolsillos de la chaqueta.

—¿Qué buscas? —inquirió Brenda.

—Las fotos que se me tomaron ayer tarde, cuando tú y yo estábamos en el dormitorio.

—Esas fotos no existen. Herbert, el tipo que tenía que tomártelas desde su habitación, a través del espejo del tocador, te reconoció inmediatamente. Herbert estuvo en Chicago, trabajando para Jack

el Sanguijuela, y te vio por allí. Sabemos que eres un agente del FBI, Harry.

Bronson dejó de buscar en los bolsillos de Tanque y se incorporó lentamente.

—¿Herbert Morrow? —interrogó.

—El mismo —confirmó la rubia.

—Sí, recuerdo a esa rata. Fue el único componente de la pandilla de Jack el Sanguijuela que logró escapar.

Brenda sonrió con ironía.

—Herbert es un tipo muy hábil.

—Esta vez no le servirá de nada —aseguró el agente—. Por lo que me has dicho, deduzco que su habitación es la 860. ¿Estoy en lo cierto, Helen?

—No me llamo Helen, sino Brenda.

—Suponía que utilizabas un nombre falso.

—¿Piensas ir por Herbert?

—¿Tú qué crees? Los tres vais a ir a la cárcel, por chantajistas.

La rubia empezó a reír.

—¿De veras te hace gracia saber que vas a pasarte una larga temporada entre rejas, Brenda? —se extrañó Bronson.

—Yo no voy a ir a la cárcel, Harry. Ni Tanque. Ni Herbert.

—Ya lo creo que vais a ir. En cuanto tenga a Herbert, llamaré a la policía y se os llevarán a los tres, cogiditos de la mano.

—Tú no vas a llamar a nadie, Harry.

—¿No? —Remiso Bronson, entrecerrando un ojo.

—No.

—¿Por qué estás tan segura, preciosa?

—Herbert tiene en su poder a la agente Lewis.

CAPÍTULO IX

Las palabras de Brenda cayeron como un jarro de agua fría sobre el agente del

F. B. I.

La rubia, sonriendo burlonamente, dijo:

—Sorprendido, ¿eh, Harry?

Bronson, endureciendo la mirada, inquirió:

—¿Es cierto eso, Brenda?

—Claro que lo es. Hace un rato, mientras tú estabas por abajo, Tanque fue a vuestra habitación y se llené a la chica.

—¿La maltrató?

—No, no fue necesario. Ella quiso hacerle frente, pero Tanque le dijo que estabas en nuestras manos, y que si no le acompañaba por las buenas, te liquidaríamos de un balazo en la sien. La chica, que por lo visto te apreciaba mucho, desistió de ofrecer resistencia y obedeció dócilmente las instrucciones de Tanque.

—¿Dónde está la agente Lewis?

—Con Herbert, ya te lo he dicho.

—¿En la habitación de él?

—Oh, no. Herbert la llevó a un lugar mucho más seguro.

—Quiero saber qué lugar es ése, Brenda.

—Y esperas que yo te lo diga, ¿verdad?

—Sí. Ahora mismo.

Ella sacudió la cabeza negativamente.

—No, Harry, no te lo diré.

—¿Apuestas a que sí? —repuso el agente, y exhibió su revólver, con el único fin de asustar a la rubia.

Brenda, lejos de atemorizarse al ver el arma, se sentó tranquilamente en el diván y cruzó las piernas, mostrándolas por la

abertura de la bata.

—Si vas a amenazarme con pegarme un tiro, ahórrate la molestia, Harry. Sé que no lo harías.

—Es verdad, no lo haría —respondió Bronson, guardándose el revólver—. Pero puedo obligarte a hablar de otro modo.

—¿Cómo?

—¿Eres sensible al dolor físico, Brenda?

—¡Oh, sí, mucho! De pequeña me di un martillazo en un dedo y estuve llorando seis horas seguidas.

—Entonces, no resistirás que te retuerza un brazo...

—¡Seguro que no!

Harry Bronson fue hacia ella, aunque no tenía el propósito de cumplir su amenaza.

La rubia extendió ambos brazos.

—¿Cuál prefieres, Harry? ¿El derecho o el izquierdo?

—Pareces muy segura de que no seré capaz de retorcerte nada.

—Claro que no. En primer lugar, porque tú no eres la clase de individuo que se necesita para torturar a una mujer. Y después, porque debajo del diván hay un radiotransmisor abierto.

—¿Un radiotransmisor?

—Sí, Harry. Herbert está escuchando todo lo que aquí se habla. Si tú me hicieras daño a mí, él se lo haría a la agente Lewis. ¿Comprendes ahora por qué estoy tan tranquila?

Bronson apoyó una rodilla en el suelo y buscó debajo del diván.

Encontró enseguida el radiotransmisor.

Estaba abierto, como había dicho la rubia.

Ella se lo quitó de las manos.

—Estás escuchando, ¿verdad, Herbert? —preguntó, y seguidamente pulsó el mando receptor, para poder oír la respuesta de su compañero.

—Sí, Brenda —contestó el tipo que tomaba las fotos—. Convince a Harry Bronson para que te entregue su arma o la pelirroja lo va a pasar mal.

La rubia miró al agente del FBI.

—Ya lo has oído, Harry.

—De acuerdo, vosotros ganáis —suspiró Bronson, entregándole su revólver.

—Buen chico —sonrió ella, apuntándole con el arma.

—Bien, ¿qué va a pasar ahora?

—Sitúate en aquel rincón.

—¿Para qué?

—No hagas preguntas y obedece.

El agente caminó hacia el ángulo de la estancia que le había indicado la chantajista. Una vez allí, se volvió y preguntó:

—¿Y ahora qué, Brenda?

—Siéntate en el suelo y cruza las piernas.

—¿Te crees que soy un moro?

—Hazlo, vamos.

Harry Bronson obedeció.

—Las manos sobre la nuca —indicó la rubia.

—¿Qué es lo que temes, Brenda? Mi revólver lo tienes tú...

—Obedece.

Bronson hizo lo que ella le ordenaba.

Brenda volvió a hablar con su compañero:

—El agente Bronson ya no es ningún peligro, Herbert. Puedes proceder según habíamos acordado.

—Muy bien, Brenda —respondió Herbert.

La rubia dejó el radiotransmisor sobre el diván.

En ningún momento había dejado de apuntar con la pistola al agente del FBI.

Tanque continuaba tirado en el suelo, privado del sentido.

—¿Puedo saber qué es lo que habíais acordado, Brenda? —dijo Bronson.

—Lo sabrás en su momento, Harry.

—¿Cuánto tiempo voy a tener que estar en esta incómoda posición, hasta que despierte Tanque?

—Exacto.

—¿Y si le da por dormir un par de horas?

—No te preocupes, si no se despierta, lo despertaremos nosotros.

—No, si por mí puede dormir hasta la noche.

La rubia dejó oír una risita.

—Te preocupa lo que quiera hacer contigo cuando se recobre, ¿verdad?

—¿No te preocuparía a ti, si estuvieras en mi lugar?

—Muchísimo, lo confieso. Tanque es capaz de convertirte en una piltrafa. Ha sido la primera paliza que recibe en su vida y eso no te

lo perdonará.

En aquel momento se abrió la puerta y dos personajes entraron en la habitación: Herbert Morrow y Cynthia Lewis.

Herbert era un tipo alto y macizo, aunque desde luego, bastante menos que Tanque. Tenía el pelo rojo y rizado, las orejas grandes, y la nariz, larga y torcida hacia el lado izquierdo de la cara.

Llevaba la mano derecha metida en el bolsillo de la chaqueta, pero la sacó en cuanto cerró la puerta, mostrando la pistola automática que empuñaba.

—Camina hacia él, preciosidad —ordenó, empujando a la joven con el arma.

La agente Lewis, con las facciones recubiertas por una perceptible palidez, avanzó hacia el ángulo de la estancia donde se encontraba sentado Harry Bronson.

Se detuvo al llegar junto a él y se miraron a los ojos.

—¿Te han causado algún daño, Cynthia?

—No, ninguno. ¿Y a ti?

—Poca cosa. Ese bestia que ves ahí tendido solo logró alcanzarme una vez con sus puños. Aunque debo reconocer que el castañazo valió por media docena.

La rubia Brenda indicó:

—Siéntate como él, pelirroja. A su lado.

—Obedece, Cynthia —dijo Bronson—. No se está del todo mal... —le sonrió, para infundirle ánimos.

La joven se sentó como el agente, en silencio.

Harry Bronson desvió los ojos hacia Herbert Morrow.

—El mundo es un pañuelo, ¿eh, Morrow?

—Eso parece, Bronson.

—En Chicago tuviste mucha suerte.

—Soy un tipo afortunado.

—Veo que sigue oliéndote permanentemente el orejón izquierdo, ¿eh?

Herbert atirantó los músculos faciales y masculló:

—No te metas con mi nariz, Bronson, o te pesará.

—Parece la torre de Pisa.

Herbert enrojeció de cólera y echó a andar hacia el agente, dispuesto a golpearle con el cañón de su arma.

—¡Quieto, Herbert! —le ordenó Brenda, que seguía sentada en

el diván, exhibiendo sus lindas piernas.

—¡Este hijo de perra va a tragarse sus palabras!

—¡No te acerques a él, estúpido! ¿No ves que eso es lo que él quiere, para intentar apoderarse de tu pistola?

Herbert se detuvo en seco al oír aquello.

—Sí, creo que tienes razón, Brenda. Harry Bronson es muy listo.

—Olvida sus insultos y preocúpate de reanimar a Tanque.

Herbert se aproximó a su compañero, mientras el agente Bronson maldecía para sus adentros, contrariado por el hecho de que la rubia le hubiese adivinado el pensamiento.

—¿Cómo pudo vencer a Tanque? —Gruñó Herbert, mirando por un momento a Brenda.

—Harry Bronson es un agente del FBI, no lo olvides —señaló ella—. No tiene la fortaleza de Tanque, pero sabe pelear mucho mejor que él.

Herbert se ocupó de Tanque.

Bronson miró a la agente Lewis.

—¿Me dejas que te de un beso, Cynthia?

—¿Cómo puedes pensar ahora en eso? —le recriminó ella.

—Por favor...

La joven creyó adivinar por la expresión de los ojos del agente que éste quería decirle algo disimuladamente.

—Está bien, Harry —autorizó, sonriendo débilmente.

Bronson le aproximó la cara y la besó suavemente en los labios.

—Qué escena tan tierna... —dijo la rubia Brenda, en tono irónico.

Bronson besó también a Cynthia Lewis en la mejilla.

Y después, en la oreja, donde se recreó.

Aprovechó aquellos instantes para decir, con voz apenas perceptible:

—La pistola que empuña la rubia es la mía, Cynthia. Tiene el seguro puesto y ella no se ha dado cuenta. El único peligro radica en Herbert Morrow. Cuando yo te diga, corre hacia la rubia y arrebatáale el arma. De la de Herbert me ocuparé yo.

Brenda se dejó oír nuevamente:

—Basta ya de besuqueo, Harry, que me estás poniendo los dientes largos.

Bronson separó su rostro del de la agente Lewis.

Tanque estaba empezando a recobrase.

—¿Dónde está? —Fue lo primero que dijo.

—¿Te refieres al agente? —preguntó Herbert.

—Sí.

—Ahí lo tienes, sentadito como un niño bueno.

Tanque movió los ojos hacia donde le indicaba su compañero.

Al ver a Harry Bronson, vomitó un par de barbaridades de las más gordas y se puso en pie rápidamente, con fiero gesto.

—¡Lo voy a destripar con mis propias manos!

—¡Quieto, Tanque! —ordenó Brenda—. Ya hemos perdido demasiado tiempo por tu culpa. Lo que debéis hacer tú y Herbert es atarlos con las cuerdas y meterlos en los baúles que tenemos preparados, para sacarlos del hotel sin que nadie se de cuenta.

—¡Cuando metamos a Harry Bronson en su baúl, no será más que un pingajo! —Mugió Tanque, avanzando hacia el agente.

—¡Quieto he dicho, estúpido! —gritó la rubia.

Tanque no le hizo el menor caso.

—¡Deténlo, Herbert! —ordenó Brenda—. ¡No podemos perder más tiempo!

Herbert se movió con rapidez, alcanzó a Tanque y lo detuvo, cogiéndolo por un brazo.

—Cálmate, Tanque.

—¡Suéltame, Herbert!

—Brenda tiene razón, Tanque. Ya tendremos ocasión más tarde de darle una buena ración de golpes al agente.

—¡Yo se los voy a dar ahora! —rugió Tanque, y trató de recuperar la libertad de su brazo.

Herbert no le soltó.

Tanque, que en aquellos momentos era la imagen viva de la furia, le dio un fuerte empujón.

Herbert rodó por el suelo y perdió su pistola.

Era la oportunidad que había estado esperando Harry Bronson.

—¡Ahora, Cynthia! —gritó, saltando del suelo como lanzado por una catapulta.

CAPÍTULO X

El agente del FBI se arrojó como un tigre sobre Herbert Morrow, cuando ya éste se disponía a meter la mano derecha debajo de una butaca, porque allí había ido a parar su pistola automática, quedando oculta.

Herbert lanzó un rugido de rabia.

—¡Dispara contra Bronson, Brenda! —gritó, tratando de quitarse de encima al agente.

La rubia quiso hacer fuego, pero como el arma tenía el seguro puesto, no funcionó.

Cynthia Lewis, que se había levantado del suelo de forma casi tan centelleante como Harry Bronson, ya corría hacia Brenda.

Ésta se había puesto en pie nerviosamente al ver que la pistola que empuñaba no hacía ¡pum!

—¡No funciona, Herbert! —gritó.

La agente Lewis se lanzó audazmente sobre ella y las dos cayeron sobre el diván, armándose un bonito lío de piernas preciosas, porque a la rubia se le había abierto mucho la bata y a Cynthia se le había subido la falda del vestido.

Tanque se había quedado totalmente estático.

Y no precisamente por la formidable exhibición de miembros inferiores que estaban realizando Cynthia y Brenda.

Las piernas que de verdad le gustaban a Tanque eran las de cordero, al horno, bien doraditas.

La causa de su estatismo se debía a que dudaba entre acudir en ayuda de Herbert o de Brenda.

Finalmente, se decidió por lo primero.

Al mismo tiempo que Tanque se arrojaba sobre Harry Bronson, la agente Lewis conseguía arrebatarle la pistola a la rubia.

Ésta intentó arañarle la cara y morderle un brazo, todo a la vez.

Cynthia Lewis, consciente de que Harry Bronson necesitaba su ayuda, le propinó un golpe en el cuello a Brenda, con la mano abierta.

La rubia emitió un gemido y quedó desvanecida.

La agente Lewis se irguió rápidamente y se volvió.

Inmediatamente descubrió el sándwich humano que formaban Herbert Morrow, Harry Bronson y Tanque.

El primero estaba debajo; el segundo, en medio, y el tercero, arriba.

—¡Quietos o disparo! —amenazó Cynthia Lewis.

Herbert y Tanque, como habían oído decir a Brenda que la pistola no funcionaba, no obedecieron la orden de la agente.

—¡Quítame a este dinosaurio de encima, Cynthia! —pidió Harry Bronson, que estaba a punto de ser estrangulado por Tanque.

Cynthia Lewis ocultó la pistola de Bronson debajo de uno de los almohadones del diván y corrió hacia el sándwich humano.

—¡Ahí voy, Harry! —gritó, lanzándose sobre Tanque con el talón derecho por delante.

Tanque recibió el talonazo sobre la oreja zurda.

Inmediatamente soltó el cuello del agente y se puso a bramar como una bestia a punto de hundirse en una ciénaga.

Un segundo golpe de talón, esta vez en la mandíbula, lo hizo rodar por el suelo, escupiendo dientes.

Harry Bronson, con mayor libertad de movimientos, empezó a dar buena cuenta de Herbert Morrow.

—¡Sigue tú con ése, Harry, que yo me ocuparé de Tanque! —dijo la agente Lewis.

—¡Mucho cuidado con él, Cynthia; es un tipo muy peligroso! —advirtió Bronson, al tiempo que le colocaba un puño a Herbert en la cara, junto a la «torre de Pisa», la cual quedó mucho más torcida después del castañazo.

—¡Podré con él, no te preocupes! —aseguró la agente.

Tanque ya se había puesto en pie, escupiendo palabrotas.

—¡Te voy a dejar como pasada por una batidora, pelirroja! —rugió, despidiendo fuego por los ojos.

—A mí no me asustas, Tanque. Vamos, acércate y verás lo que te espera.

Tanque, cuya oreja zurda parecía un *croissant* recién hecho, a causa del golpe recibido, se fue hacia la agente.

Cuando casi la tenía a su alcance, ella hizo algo que le desconcertó por completo: se dio la vuelta y quedó de espaldas a él.

Un segundo después, Cynthia Lewis disparaba la pierna izquierda hacia atrás y golpeaba con su talón el estómago del gigante.

Tanque se dobló al instante, con el rostro congestionado.

La agente disparó la otra pierna.

La quijada de Tanque crujió lastimosamente al recibir el talonazo y el tipo perdió dos nuevas piezas dentales.

Cynthia Lewis se volvió velozmente y, con el filo de la mano, golpeó el costado izquierdo del energúmeno.

Inmediatamente, con la otra mano, le castigó el derecho.

A Tanque se le puso la cara de todos los colores.

Un nuevo golpe de karate, propinado en el centro de la frente, le obligó a poner los ojos en blanco y una cara de idiota que daba lástima.

No fue necesario que Cynthia Lewis le golpeará nuevamente.

Tanque cayó al suelo, todo de una pieza, y ya no se movió.

La joven miró a Harry Bronson, que acababa de ponerse en pie, porque ya había logrado dejar inconsciente a Herbert.

—Tanque ha quedado fuera de combate, Harry —dijo, muy sonriente.

El agente observó al inerte grandullón.

—¿Cuántos huesos le has roto, Cynthia?...

—Creo que ninguno.

Bronson desvió sus ojos hacia ella.

—¿Por qué me miras de forma tan extraña, Harry?

—Estoy pensando.

—¿Qué estás pensando?

—Que casarme contigo debe ser muy peligroso.

—¿Por qué?

—Tu marido tendrá que darte la razón en todo, la tengas o no, y obedecerte siempre, si no quiere pasarse más tiempo en el hospital que en casa.

—Estás diciendo tonterías.

—Brenda habló de unas cuerdas y unos baúles. Deben estar en el

dormitorio.

Bronson se introdujo en él, regresando poco después con varias cuerdas.

—Ayúdame a atar a esta gentuza, Cynthia.

Minutos más tarde, Brenda, Tanque y Herbert tenían las manos atadas a la espalda.

Harry Bronson recogió del suelo la pistola de Herbert Morrow y preguntó:

—¿Dónde está la mía, Cynthia?

—Debajo de ese almohadón —respondió ella, señaládoselo.

El agente se aproximó al diván y recuperó su arma.

—¿Adónde te llevaron, Cynthia? —preguntó después.

—A la habitación 860, la de Herbert.

—Si la rubia me dijo que...

—Te engañó, Harry.

—Demonios, qué chica tan astuta.

—Mira, parece que ya se está recobrando.

En efecto, Brenda, que permanecía tendida boca abajo sobre el diván, estaba empezando a moverse.

Cuando abrió los ojos, los clavó con odio sobre Harry y Cynthia.

—Habéis ganado, ¿eh, malditos?

—Aquí ha pasado como en las películas —repuso Bronson, sonriendo—. Han ganado los buenos y han perdido los malos.

La rubia, con algún esfuerzo, por el hecho de tener las manos atadas a la espalda, logró quedar sentada en el diván.

Cynthia Lewis se acercó a ella y le cruzó la bata.

—¡Eh!, ¿qué haces? —protestó Brenda.

—Enseñabas demasiado, rica.

La rubia sonrió irónicamente.

—¿Celosa, pelirroja?...

—No me piques o te suelto una bofetada.

Brenda se tomó en serio la amenaza de la agente y no replicó.

Cuando Cynthia Lewis regresó junto a Harry Bronson, Brenda miró a éste y preguntó:

—¿Llamaste ya a la policía, Harry?

—No, pero voy a hacerlo ahora mismo —respondió él, alargando el brazo hacia el teléfono.

—Espera un momento, Harry.

—¿Que espere?

—Quiero proponerte un trato.

—¿Qué clase de trato?

—Que se largue la pelirroja y te lo diré.

—Yo no voy a ningún sitio —intervino Cynthia Lewis.

—Ya lo has oído, Brenda —dijo Bronson.

—¿Quién de los dos manda, ella o tú? —replicó la rubia.

—Ella, como en los matrimonios verdaderos —respondió el agente, con una sonrisa.

Brenda apretó los labios.

—Está bien, te lo diré de todos modos. Quiero que me sueltes las manos y me permitas tomar el primer avión que salga de Hawai. A cambio de ello, yo te diré dónde puedes encontrar al tipo que nos da las órdenes y a otro individuo que también colabora con nosotros en el asunto de los chantajes.

Harry Bronson y Cynthia Lewis cambiaron una mirada.

—De modo que sois cinco... —dijo el agente.

—Así es. Y en lugar de entregar tres chantajistas a la policía, te ofrezco la oportunidad de entregar cuatro, entre ellos, al jefe de la pandilla. ¿No te parece razonable mi propuesta, Harry?

Bronson sacudió levemente la cabeza.

—Lo lamento, Brenda, pero no puedo dejarte escapar.

—¿Por qué no?

—Porque soy un agente del FBI y tú eres un chantajista. Mi obligación es entregarte a la policía.

—¿No te parece que es mucho más importante entregar al jefe de la pandilla que a mí?

—Dime quién es y lo entregaré también. Y al otro chantajista.

—Si no hay trato, no hay nombres.

—Nos lo vas a decir de todos modos, Brenda —intervino nuevamente Cynthia Lewis.

—No me hagas reír, pelirroja —repuso burlonamente la rubia.

—Vuelvo enseguida, Harry —dijo la agente, caminando hacia la puerta.

—¿Adónde vas, Cynthia? —preguntó Bronson, sorprendido.

—En busca del instrumento que necesito para hacer hablar a la rubia —respondió ella, saliendo de la habitación.

Brenda empezó a reír, aunque un tanto nerviosamente.

—Si la agente Lewis cree que va a lograr asustarme, está fresca.

—Yo diría que ya lo estás un poco... —sonrió Bronson.

—Te equivocas, estoy la mar de tranquila.

Cynthia Lewis regresó con su instrumento.

La rubia no pudo reprimir un respingo al ver que se trataba de unas relucientes tijeras.

La agente se dirigió resueltamente hacia ella.

—No pretenderás cortarle una oreja, ¿verdad, Cynthia?... —dijo Bronson, preocupado.

—Por supuesto que no, Harry.

—¿Qué piensas cortarle, entonces?

—El cabello.

Brenda, que había empalidecido, volvió a respingar.

—¡No te atreverás, pelirroja! —exclamó, aunque sin convencimiento.

—¿Que no?... —rió Cynthia—. Te voy a dejar la cabeza como una bola de billar.

—¡Harry!... —chilló la rubia, porque la agente Lewis ya le había atrapado la cabellera y se disponía a soltar el primer tijeretazo.

Bronson encogió los hombros.

—Lo siento, Brenda, pero no puedo hacer nada. Si la agente Lewis te pela al cero, tuya será la culpa.

—¡Esto es un atropello!

—Te equivocas, es un corte de cabello.

—¡Me confundirán con Telly Savalas!

—No, mujer. Tú eres mucho más bonita que Kojak.

—¡Me llamarán Brenda la Pelona!

—Eso sí que es probable.

Cynthia Lewis dijo:

—Decídete, Brenda. O hablas o le doy gusto a las tijeras.

—¡No, quieta! ¡Hablaré, hablaré!

—Venga.

—El jefe se llama Burke Steel... —confesó la rubia.

—¿También se aloja en el hotel? —interrogó Bronson.

—Sí. Ocupa la habitación 828.

—¿Y el otro individuo?...

—Se llama Gerald Corwin. Es el recepcionista del hotel...

Burke Steel paseaba nerviosamente por su habitación.

Consultó por enésima vez su reloj.

Estaba esperando la llegada de Tanque, para saber cómo había ido todo, pero éste ya empezaba a retrasarse demasiado.

«Bien, tiene que haber ido bien —se dijo—. Estaba todo perfectamente planeado, no ha podido fallar nada».

—Burke... —llamó Sheila Gordon.

—¿Qué?

—Me estoy bañando...

Burke Steel rezongó una imprecación por lo bajo.

—¿Cuántas veces te bañas al día, Sheila?

—Bastantes. Soy una chica muy curiosa. Además, en esta época del año, aprieta el calor...

—¿Estás segura de que no tienes complejo de trucha?

La morena rió alegremente.

—Eso ha tenido gracia, Burke.

Éste no dijo nada.

—Burke...

—¿Qué?

—¿Quieres venir a frotarme la espalda?

—Ya te la froté ayer.

—Anda, ven, no seas tonto...

—No puedo, Sheila.

—¿Los crucigramas otra vez? —inquirió ella, molesta.

—No, nada de crucigramas. Estoy esperando a Tanque y no quiero que me pille con las manos llenas de jabón.

—¡A todas horas el dichoso Tanque!

En aquel momento se oyó sonar el timbre.

Burke Steel se apresuró a cerrar la puerta del dormitorio, para que Sheila no pudiera escuchar su conversación con Tanque, y después acudió a abrir.

Se quedó muy sorprendido al ver que no era Tanque quien había llamado, sino un joven moreno, alto, atlético, de facciones agradables.

—¿Burke Steel? —preguntó Harry Bronson.

—Sí, yo soy. ¿Quién es usted?

—Pertenezco al Sindicato del Puño. Aquí tiene mi tarjeta de visita —dijo el agente, y le largó un trallazo a la mandíbula.

Burke Steel echó a correr hacia atrás, cayó por fin al suelo y dio una vuelta de campana.

Bronson entró en la habitación, cerró la puerta y caminó hacia Burke, con la mirada centelleante, se puso en pie y masculló:

—Harry Bronson, ¿verdad?

—El mismo, Burke —asintió el agente.

Burke Steel le lanzó un puño a la cara.

Harry Bronson desvió hábilmente el golpe con el antebrazo izquierdo y casi al mismo tiempo le clavaba el puño diestro en la boca del estómago.

Burke abrió inmediatamente la otra, la de la cara, y lanzó un grito, mientras se encogía con el rostro amoratado.

Bronson lo irguió con un gancho de izquierda y seguidamente le incrustó el otro puño entre ceja y ceja.

Este último golpe envió nuevamente al suelo a Burke, y esta vez, de forma definitiva, porque el mazazo le dejó sin conocimiento.

Casi al momento, se abrió la puerta del dormitorio y Sheila Gordon se dejaba ver, cubriéndose con la toalla de baño.

La morena miró con sorpresa a Bronson.

Éste la miró a ella, más que con sorpresa, con admiración, porque, como de costumbre, era mucho lo que Sheila enseñaba.

—¡Oiga!, ¿quién es usted? —exclamó ella.

—Harry Bronson, agente del FBI.

Sheila pestañeó.

—¿Un agente del FBI?...

Bronson asintió con la cabeza.

—¿Quién eres tú, preciosa?

—Sheila Gordon, una amiga de Burke Steel...

—¿Hace mucho que conoces a Burke?

—No, apenas una semana...

—Entiendo.

—¿Por qué le ha pegado a Burke?...

—Es un chantajista de mucho cuidado.

Sheila se llenó de estupor.

—¿Burke Steel un chantajista?...

—Y Tanque, y Herbert, y Brenda, y Corwin. Burke es el jefe de

la pandilla.

—De todas esas personas que ha nombrado, sólo conozco a una:
a Tanque.

Bronson continuó mirándola, en silencio.

De pronto, Sheila dio un respingo.

—Oiga, ¿no estará pensando que yo...?

El agente sonrió.

—Tranquilízate, encanto. Estoy seguro de que tú no sabías nada
del asunto de los chantajes.

—¡Ni una palabra, lo juro!

—Será mejor que te vistas y te largues.

—¡Enseguida!

Sheila se introdujo en el dormitorio, regresando poco después
vestida y con todas sus cosas.

—¿Puedo darle un beso de agradecimiento, agente?

—¿Por qué no dos?

—Y tres también.

—¿A que llegamos a la media docena?

—¡Oh, qué agente tan simpático! —rió Sheila.

Se besaron varias veces y luego Sheila Gordon abandonó la
habitación de Burke Steel.

EPÍLOGO

La policía acababa de llevarse a Burke Steel, Tanque, Brenda, Herbert Morrow y Gerald Corwin, el recepcionista, a quien Harry Bronson había detenido y llevado a la habitación de la rubia antes de presentarse en la de Burke para detener a éste.

Bronson y la agente Lewis caminaban hacia la suya, sonrientes y satisfechos por el éxito de la misión que les había sido encomendada por Will Coleman.

La habían alcanzado ya, y se disponían a entrar en ella, cuando la joven, dando un respingo, exclamó:

—¡Harry!

—¿Qué sucede, Cynthia?

—¡Mira hacia allí, delante del ascensor!

El agente volvió la cabeza hacia donde le indicaba Cynthia.

Estuvo a punto de dar un brinco cuando descubrió a los dos tipos que le proporcionara Andy, el botones, los mecánicos del hotel que se ocupaban del buen funcionamiento de los ascensores.

—¡Son Francis el Rencoroso y Bud el Vengativo, los dos fulanos que te atacaron la otra noche! —gritó Cynthia Lewis—. ¡Vamos por ellos, Harry!

—¡Espera, Cynthia!

Pero la agente Lewis, que ya corría hacia los mecánicos, no se detuvo, siguió dándole a las piernas que era un gusto.

—¡Cynthia!... —gritó Bronson, echando a correr tras ella.

Los mecánicos, enfrascados en la reparación del ascensor, no se percataron de lo que se les venía encima.

Cuando lo advirtieron, ya era demasiado tarde.

Cynthia Lewis cayó sobre ellos como un ciclón y se puso a repartir a golpes de talón y algún que otro hachazo con el filo de la

mano.

Por suerte para los mecánicos —dentro de su desgracia, claro—. Harry Bronson llegó al lugar del «reparto» y se arrojó sobre la agente Lewis, «sujetándola fuertemente por detrás.

—¡Detente, Cynthia!

—¡Todavía no están inconscientes, Harry! ¡Se van a escapar!

—¡No se van a escapar, tranquilízate! Estos hombres no son Francis el Rencoroso y Bud el Vengativo...

—¿Cómo que no...? ¡Son los mismos de la otra noche, recuerdo perfectamente sus caras!

—Estos muchachos son los mecánicos del hotel que se ocupan de los ascensores... —Tuvo que confesar Bronson.

Ella le miró por encima del hombro, absolutamente perpleja.

—Entonces, ¿por qué se introdujeron en nuestra habitación y te atacaron?... ¿Y por qué me engañaste, diciéndome que se trataba de Francis el Rencoroso y Bud el Vengativo?...

Bronson carraspeó de forma embarazosa.

—Verás, Cynthia, todo formaba parto de un plan para...

—¿Parte de un plan?... Oh, ahora empiezo a entender por qué hice el ridículo aquella noche, cuando traté de ayudarte... ¡No tropecé con una de tus piernas, me pusiste la zancadilla! ¡Después, cuando estaba a punto de lanzarme sobre uno de los tipos, caíste sobre mí a propósito y me derribaste! ¡Y más tarde, cuando atacué con mi pierna derecha, te interpusiste deliberadamente, para hacer que me sintiera culpable y te lo permitiera todo luego!

—Cynthia, ¿no estarás pensando que...?

—¡Suéltame inmediatamente! —ordenó ella, roja de cólera.

El agente se apresuró a obedecer.

Cynthia Lewis levantó la mano derecha y ¡zas!, la estrelló en la mejilla de Harry Bronson, con mucha fuerza.

A continuación, echó a correr hacia la habitación.

Bronson la siguió con los ojos hasta que la joven se introdujo en ella, cerrando de un furioso portazo.

—¡Ay!... —se quejó débilmente uno de los mecánicos.

—¡Huy!... —se quejó el otro, lastimosamente también.

El agente del FBI los miró y sintió una profunda pena, porque los pobres mecánicos tenían cara como de haberse caído de un andamio de quince metros de altura.

Bronson les ayudó a ponerse en pie.

Los tipos se apoyaron contra la pared del corredor, para no caerse de nuevo, y continuaron quejándose a dúo.

—Lo siento, muchachos —dijo el agente—. Lo siento de veras...

Uno de los mecánicos, sin apenas mover los labios, dijo:

—¿Se ha casado usted con una mujer o con una mula?

Bronson tosió.

—Bueno, mi esposa tiene un geniecillo, pero...

—Geniecillo, dice... —murmuró el otro mecánico, al tiempo que trataba de encajarse bien los maxilares, porque el inferior se le había ido hacia la izquierda, obligándole a torcer la boca—. ¡Su esposa es peor que un tornado!

—¿Duerme usted con ella en pijama? —preguntó su compañero.

—Sí, claro —respondió Bronson.

—Pues tiene usted más valor que Buffalo Bill, amigo. Yo me pondría la mejor de las armaduras y todavía no me sentiría seguro.

El agente, sonriendo, les entregó cincuenta dólares a cada uno.

—Repito que siento mucho lo sucedido, muchachas. Que os repongáis pronto —les deseó, y se alejó.

Segundos después, entraba en la habitación.

La puerta del dormitorio estaba cerrada.

Bronson se acercó a ella y dio unos golpecitos con los nudillos.

—¿Puedo pasar, Cynthia?

—¡No se te ocurra! —respondió ella, desde el interior.

El agente, desoyendo la advertencia de la joven, abrió la puerta y entró en el dormitorio.

—Quiero explicarte por qué lo hice, Cynthia.

—¡Yo sé muy bien por qué lo hiciste, víbora! —gritó ella, saltando de la cama, donde se hallaba sentada—. ¡Querías conseguir lo que no conseguiste aquella noche en tu apartamento!

—De haber sido así, no te hubiera pedido que salieses del dormitorio cuando ya parecía que tu resistencia era mínima...

—¡Eso es lo que tú te crees!

—Te dejaste besar...

—¡No te hubiera dejado pasar de ahí!

—El único objetivo de mi plan era averiguar si, en efecto, me odiabas tanto como decías o si seguías sintiéndote atraída hacia mí. Y lo averigüé, ¿sabes? Tú no me odias, Cynthia. Es más, creo que

estás enamorada de mí.

—¿Enamorada yo de ti?... —repitió ella, avanzando hacia él de forma amenazante—. ¡A mí me importas tú un bledo!

—Eso no es cierto, y tú lo sabes. Y voy a decirte otra cosa, Cynthia: también yo me he enamorado de ti.

—¡Fuera de mi vista, Harry!

El agente movió la cabeza.

—Esta vez no me voy, Cynthia.

—¡Te sacaré yo a golpes!

—Inténtalo.

Cynthia Lewis se lanzó sobre él con una pierna por delante.

—¡Toma esto, para empezar!

Bronson pegó un salto, desplazándose hacia su derecha.

El talón de la joven sólo golpeó el aire.

Cynthia Lewis, que no contaba con fallar, se estrelló contra el suelo de forma espectacular.

—Tengo la impresión de que has fallado, Cynthia... —dijo Bronson, sonriendo burlonamente.

Ella brincó del suelo, encolerizada.

—¡Maldito!... —gritó, arrojándose de nuevo sobre él.

En esta ocasión trató de golpearle en el cuello con el filo de la mano.

Bronson, hábilmente, le cazó el brazo en el aire, le dio la vuelta rápidamente y tiró con fuerza de él.

La agente Lewis voló por encima de la cabeza de Harry Bronson y cayó violentamente sobre la cama, donde quedó tendida de espaldas, con las piernas al aire.

Bronson saltó como un gato y cayó sobre ella.

Le sujetó los brazos y le inmovilizó el cuerpo con el suyo.

Cynthia Lewis se debatió como una fiera, pero no logró soltarse.

Finalmente, agotada por el esfuerzo, cerró los ojos y dejó de forcejear. Respiraba agitadamente y tenía la frente perlada de sudor.

—¿Más calmada ya, Cynthia?

—¡Muérete!

—Estás furiosa porque tus conocimientos de judo y de karate no te han servido de nada conmigo.

—¡Me servirán la próxima vez!

—¿Olvidas que soy un agente del FBI? También nosotros estamos fuertes en cuanto a defensa personal se refiere.

—¡Suéltame! ¡Me estás aplastando!

—No te soltaré hasta que confieses que me quieres.

—¡Verte en el fondo del mar, con una piedra atada al cuello!

—Basta ya de tonterías, Cynthia. Has dicho muchas desde que llegamos a Hawai, y te las he tolerado todas porque soy un tipo comprensivo. Pero se acabó, ¿entiendes? Desde este momento vamos a ser sinceros el uno con el otro, ¿de acuerdo? Vamos, confiesa de una vez que estás coladita por mí.

—¡Eso es mentira!

Bronson aplastó su boca contra la de ella.

Y la mantuvo así durante mucho tiempo.

Cynthia Lewis lo intentó todo para cortar aquel ardiente beso, pero no le sirvió de nada, y acabó abandonándose a la pasión de la caricia.

Y es que el beso, casi salvaje al principio, se fue volviendo tierno y dulce, lo cual hizo que toda la furia que había exhibido la agente se esfumara, dejándola mansa como un corderito, hasta el punto de que, al final, sus labios correspondieron a los de Harry Bronson.

Éste, al darse cuenta de ello, dejó de besarla y la miró.

—Conque era mentira, ¿eh?

Ella sonrió.

—Suéltame los brazos, Harry.

—Ya está.

Cynthia Lewis ciñó con ellos el cuello del agente del FBI.

—Te quiero, Harry —confesó al fin—. No he dejado de quererte desde aquella noche en tu apartamento.

Bronson se dispuso a besarla de nuevo.

—Espera, Harry.

—¿Que espere?

—Antes de seguir adelante, quiero saber si tienes intención de casarte conmigo, o si sólo pretendes...

—Nos casaremos en cuanto regresemos a Washington.

—¿Seguro que deseas unirme a mí para siempre?

—Seguro.

—¿No te arrepentirás más adelante?

Bronson sonrió.

—Confío en que tú harás todo lo posible para que no me arrepienta nunca de haberme casado» contigo.

—Lo haré, Harry —prometió ella.

—¿Desde ahora?

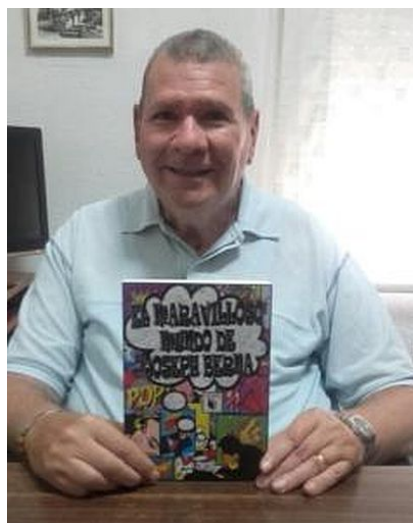
—Desde ahora.

Harry Bronson la besó con vehemencia.

Cynthia Lewis le correspondió con las mismas ganas.

La cosa no podía empezar mejor...

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El

terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».